

Madrid 12 rs. el trimestre.

Redaccion, calle del Espejo, número 17,
cuarto principal.

Provincias 15 rs. el trimestre.

En casa de los comisionados ó mediante
librazas.

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de
sus precios.

RESUMEN.

MADRID. CONSIDERACIONES SOBRE LA CRONICIDAD.—Fundamentos de la medicina natural y simplicísima. Parte segunda. Historia.—FILOSOFÍA MÉDICA. Cartas al Dr. Nieto sobre su crítica de mi *Tratado de la razon humana*.—PRENSA MÉDICA. TERAPÉUTICA. Fiebre intermitente.—Pocion iodada.—Coriza crónica.—Pomada epispástica de aceite de croton; por el Sr. D. A. Van Bastelaer.—Mistura calmante; por el Sr. Bailly.—CIRUJIA. Pus: su reaccion espontánea.—PATOLOGÍA INTERNA. Albuminuria en el croup y en las afecciones membranosas ó diftericas.—FISIOLOGÍA. Transfusion de la sangre.—SIFILOGRAFÍA. Sífilis: su tratamiento entre los Kabylas.—PARTE OFICIAL. Direccion general de instruccion pública.—SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—CUERPO DE SANIDAD DE LA ARMADA.—MONTE-PIÓ FACULTATIVO. Secretaría general.—Colegio de Farmacéuticos de Madrid.—VARIÉDADES. Aclimatacion.—Oposiciones á baños.—Más sobre el atentado de Alcaer.—Enfermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general durante el mes de diciembre.—CRÓNICA.—VACANTES.—ANUNCIOS.

Madrid 9 de Enero de 1859.

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRONICIDAD.

III.

ANATOMÍA PATOLÓGICA. ¿Qué diremos de la anatomía patológica de las enfermedades crónicas, despues de lo manifestado en el último artículo sobre las lesiones orgánicas propias de esta clase de dolencias? Pasó ya el tiempo en que se daba generalmente á la anatomía patológica un valor exagerado, suponiendo que la naturaleza misma de la enfermedad consistía en la primera modificacion anatómica del tejido. Pocos serán ya los que se atrevan á sostener una opinion que contó no há mucho tantos y tan autorizados partidarios, y que se creia por algunos como artículo de fé. Todavía quedan profesores que no aciertan á concebir cómo puede haber enfermedad alguna en el cuerpo humano sin trastorno orgánico ó material, visible ó invisible; pero ya está lejos la época en que el sostener siquiera la posibilidad de esta clase de dolencias parecia una estraña paradoja. Se suponía que á todo cambio en las manifestaciones de la vida debia preceder un cambio correspondiente en la estructura de la parte, y parecia un absurdo que pudiese un órgano presentar cambios funcionales sin la menor alteracion en su peso, volumen y demás circunstancias físicas. Esto, sin embargo, se observaba á cada paso; no eran raros, como no lo han sido nunca, los ejemplos de dolencias puramente dinámicas, que consistian, por ejemplo, en un simple dolor; pero el espíritu de sistema tenia esclavizados los ánimos, y se preferia acudir á *cualidades anatómicas ocultas*, antes que confesar lo mismo que estaba tan á la vista.

Si nuestros lectores han prestado atencion á los razonamientos y esplicaciones que hemos dado en otros artículos, no podrán menos de convenir en que las lesiones anatómicas que encuentra la autopsia en los cadáveres de los enfermos que sucumben, en nada se diferencian de los caracteres anatómicos que aparecen al exterior durante el curso de las mismas dolencias, sino en estar ocultas en profundidades inaccesibles á la vista, y no poderse apreciar directamente sino despues de la muerte. Esta misma circunstancia les quita una parte de su valor sintomático, porque las condiciones en que se las observa son complicadas, presentándose entonces las lesiones puramente morbosas desfiguradas por su

union con los trastornos pertenecientes al estado cadavérico.

Son, pues, las lesiones que revelan las autopsias vestigios ó restos de sintomas ocultos, cuya relacion con los demás que constituyen la enfermedad, nos revela analogias ó diferencias morbosas, que pueden aprovecharse para la clasificacion y el método terapéutico. Los cánceres viscerales encontrados por las investigaciones cadavéricas, han servido para asimilar los grupos morbosos de que hacian parte, á los grupos formados por los cánceres esternos. Asi se completa la historia de las enfermedades, y por medio de asiduas investigaciones vienen á hacerse, digámoslo asi, transparentes para el médico los tejidos del cuerpo humano. No hay ya lesiones internas para el diagnóstico; todas son hasta cierto punto esternas ó visibles. Pero esta simplificacion no hace realmente esterior ó locales todas las enfermedades; no las convierte de médicas en quirúrgicas. Sea la que quiera la claridad con que aparezcan los trastornos orgánicos, nunca serán estos más que una de las condiciones de la enfermedad, ni dejará de merecer el nombre de interna y de exigir un tratamiento como tal, la afeccion determinada principal y específicamente por el organismo en virtud de sus fuerzas y tendencias propias, que le hacen asimilar á un tipo morbozo condiciones indiferentes del mundo esterior.

Siendo los caracteres anatómicos, en las enfermedades crónicas clasificadas principalmente por las lesiones orgánicas, más marcados y estensos que en las agudas que les corresponden, infiérese que debe suceder lo mismo relativamente á los trastornos que revelan las autopsias. El cáncer, la cirrosis, los tubérculos, son alteraciones por lo comun muy estensas, y que distan más de las condiciones del estado normal, que la inyeccion, la induracion, el reblandecimiento y demás lesiones cadavéricas, propias del estado agudo.

En este último estado mueren á veces los sujetos, sin que ofrezcan sus cadáveres lesiones morbosas de importancia; pero en las enfermedades crónicas no suele suceder así. Estas, ó no causan la muerte, á no sobrevenir una exacerbacion aguda, ó de lo contrario acostumbran alterar profundamente la constitucion del individuo, antes de hacerse mortales. En unas se presenta una demacracion escesiva; en otras la infiltracion, acompañada de ulceraciones, endurecimientos, reblandecimientos, coloraciones diversas, cambios, en fin, profundos en la estructura de las partes. La razon de esto es muy óbvia: como las enfermedades crónicas puramente dinámicas, ó en cuanto tienen de dinámico, son compatibles con la vida, siendo tan impotente el organismo que las padece para producir crisis adversas como saludables, resulta que solo mueren los enfermos de aquellas enfermedades crónicas, que se caracterizan principalmente por las alteraciones materiales. En otras palabras, las afecciones crónicas manifiestan, como hemos dicho, especialmente su energia en todo lo que es permanente crónico, y por lo tanto las más enérgicas, esto es, las mortales, van comunmente acompañadas de un desarrollo especial de esos sintomas permanentes por escelencia, que se llaman lesiones cadavéricas.

CLASIFICACION. Las enfermedades crónicas no forman un grupo fundamental en las clasificaciones nosológicas; la consideracion del tiempo por sí sola no ha parecido suficiente para colocar á

larga distancia afecciones, que bajo otros aspectos ofrecian más de un punto de contacto. Sin embargo, esto no impide que puedan y deban estudiarse genéricamente, segun se hace con otras especialidades, como las enfermedades de las mujeres, de los niños, de los ojos, de la matriz, etc., y como se ha hecho sobre todo en esa division, tan antigua como el arte de curar, de las dolencias en médicas y en quirúrgicas.

Las afecciones crónicas forman como las agudas especies y variedades, cada una de las cuales se compone de aquellos individuos más análogos entre sí por sus principales caracteres. Con motivo de ellas puede repetirse la pregunta que se ha hecho generalmente en patologia, y á la que se ha contestado de diversos modos. ¿Qué es lo que existe: enfermedades ó individuos enfermos? ¿Lo general ó lo particular? ¿Son las enfermedades crónicas una sola modificada de diversos modos; ó son, por el contrario, distintos y aun opuestos entre sí los estados morbosos de esta índole? No entraremos en largos pormenores respecto de esta cuestion, que solo es incidental para nuestro asunto. Nos bastará recordar, que no existiendo entidades sustanciales como objetos del conocimiento, y si solamente determinacion de relaciones, debida al procedimiento necesario de identificacion y distincion simultáneas, no debemos ver en la unidad ó multiplicidad de la enfermedad, como tampoco hemos visto en sus caracteres agudo ó crónico, general ó local, etc., una condicion esencial, absoluta, sino puramente relativa y condicional. Hay la diferencia entre admitir la realidad incondicional ó en sí, ó la mera relacion, de que en el primer caso solo se puede optar por uno de los extremos: la unidad ó la multiplicidad, el género ó la especie; condenando al otro á la condicion de un resultado ó de una mera apariencia. Por el contrario, en el otro caso, en vez de optar por una opinion exclusiva, comprendemos las dos en una idea más elevada, y lejos de ser necesaria la exclusion de la tesis ó de la antítesis, se exigen ambos términos para su existencia mútua, y solo tienen significacion el uno por el otro.

Así, pues, las enfermedades crónicas son una sola por todo lo que tienen de genérico, y son al mismo tiempo tantos individuos determinados cuantas son las diferencias y variedades que aparecen sobre el fondo comun de este género de males. Agrupar estas diferencias constituyendo especies nosológicas, es el objeto de toda clasificacion.

Las especies nosológicas pueden formarse atendiendo á uno ó más caracteres dominantes, ó á la reunion de varios, que den á los individuos de cada grupo una fisonomía lo más semejante posible; de donde resultan métodos nosológicos más ó menos naturales ó artificiales, como se observa tambien en otras clasificaciones, por ejemplo, en las de la historia natural. Los grupos de individuos más análogos y más naturalmente formados suelen llamarse familias, con cuyo nombre se designa la afinidad ó parentesco que enlaza unos casos con otros, haciendo predominar las analogías sobre sus respectivas diferencias.

Para la distribucion de estos grupos, unas veces se tienen más en cuenta los caracteres dinámicos y otras los anatómicos: el histerismo y la epilepsia son enfermedades que constan principalmente de elementos ó funciones de fuerza; así como el cáncer y los tubérculos se revelan con especialidad por fenómenos materiales; pero cada

una de estas dolencias forma un grupo bien determinado y que merece particular estudio.

Casi es inútil advertir, que estos grupos solo existirán bien deslindados, *á priori* ó sea en las descripciones nosológicas archivadas en la ciencia; en la práctica hay dos motivos, procedentes de un mismo origen, que impiden la realización de los tipos ideales en toda su pureza. Es el uno la ley de la variedad que individualiza cada caso haciéndole diferir en algo de los demás que se le asemejan, y el otro la ley de la generalidad que exige alguna analogía, algún punto de contacto, entre las especies colocadas á mayor distancia; puesto que, por mucha que esta sea, todas tienen que confluír en un género común. Estas dos leyes componen solo una, cual es la especificación necesaria para constituir un objeto particular. Determinar específicamente una enfermedad, vale tanto como distinguirla de las demás, refiriéndola al mismo tiempo á algún género común: tal es el procedimiento lógico indispensable para establecer cualquiera relación de calidad.

Mas la especificación nosológica ó teórica se distingue de la especificación práctica, en que no recae en individuos, sino en grupos abstractos de síntomas, para cuya formación se prescinde de las analogías genéricas y las diferencias individuales, que no son por el momento el objeto del nosólogo. Por eso hemos dicho, que semejantes tipos no podían reproducirse con toda su pureza en el terreno de la experiencia. Las leyes que han servido para establecerlos reciben mas extensión en el estadio de los hechos, hasta el punto necesario para distinguir cada caso en particular y para conservar las relaciones que le unen más ó menos estrechamente con todos los demás fenómenos de la naturaleza.

Sea como quiera, ya dejamos dicho y repetimos ahora, porque esté un punto esencial, que la diferencia y la generalidad que constituyen la especie, ya sea abstracta, ya concreta, no deben considerarse nunca sino como fenómenos relativos, que no pueden existir aislados, y que lejos de escluirse, coinciden en una sola síntesis, figurando en ella como términos de igual valor y legitimidad. Así, pues, ni la especie es antes que el género, ni viceversa; sino que ambos constituyen una sola función, sujeta á leyes que la experiencia dá á conocer.

Los autores que han seguido otro camino, diferenciando *absolutamente*, estableciendo *entidades* morbosas, han incurrido en equivocaciones trascendentales para el objeto de la medicina. Han imaginado humores, virus ó miasmas, que producían ó sostenían las enfermedades crónicas; especie de semillas morbosas, que se apoderaban del campo de la vida, haciéndole más ó menos impropio para la producción de su fruto normal. Así, había un humor gotoso, otro escrofuloso, un virus sífilítico, etc., que contenían en germen las enfermedades conocidas con los nombres de gota, escrófula y sífilis; y los mismos sectarios de una doctrina médica idealista, que atribuye las dolencias agudas á un principio inmaterial, incurren en la contradicción, respecto de las crónicas, de referirlas á cuatro distintos agentes, encarnados en el organismo, donde ejercen como en país conquistado su autonomía morbífica.

Estos pretendidos humores ó virus, ó son entes sonados, imaginarios, verdaderos entes de razón, que nunca se han tocado ni visto, y que no constituyen ningún cuerpo, ninguna actividad, ninguna función apreciable; ó son verdaderos productos morbosos, á cuyo contacto con la economía sucede generalmente un grupo determinado de fenómenos. En el primer caso, nada tenemos que decir de ellos, sino que admitiéndolos como una cosa real, á pesar de su carencia absoluta de toda realidad, cometemos una falta de lógica; incurrimos en una confusión lamentable; establecemos una metafísica extraña, afirmando la existencia de seres que no son dados, que suponemos ocultos, y prestando cuerpo y consistencia á verdaderos fantasmas, á ídolos forjados solamente por nuestra imaginación. Si por humor escrofuloso ó gotoso, considerados como germen ó causa de las escrófulas ó de la gota, queremos designar otra cosa que la ley de sucesión de los síntomas que constituyen estas enfermedades, la

unidad de la función morbosa que consta de tan diversos fenómenos, no haremos más que materializar la idea de esta ley, convertirla en una sustancia y aislarla de todo lo demás por un abismo insuperable, imprimiendo á los resultados lógicos de esta idea el rigor inflexible y absoluto que es propio de toda afirmación exclusiva, y que tan á menudo conduce á lamentables extravíos.

Desechados los humores y virus cuya existencia no está determinada por ningún fenómeno, restan aquellos otros que consisten en una materia inoculable, ó propia al menos para producir una serie dada de síntomas. ¿Qué tenemos entonces? Un cuerpo real, dotado de las propiedades de todos los seres corpóreos; una función del espacio y de la fuerza, que aparece como condición de otra función del organismo vivo: la evolución morbosa. ¿Es entonces el virus la causa de la enfermedad? Para esto sería preciso que la produjera por sí solo; y aun entonces si la enfermedad presentaba, como no podía menos de suceder, los caracteres de la vida, una *actividad espontánea y no calculable á priori*, no podría ponerse como verdadera y única razón de semejantes efectos otra actividad, en cuya idea solo tuvieran cabida fenómenos físicos y químicos. Pero está lejos de suceder así: quien produce la enfermedad es el organismo apoderándose del virus, y la produce en el sentido de existir entre sus actos *relaciones de causalidad*, no en el de hallarse sustancialmente comprendidos los actos subsiguientes en los precedentes, que es como se ha entendido la noción de causa aplicada á los virus ó semillas morbosas.

Repetiremos para concluir, que en la clasificación de las enfermedades crónicas, como en la de las agudas, debe tenerse muy presente, que no hay en ellas más que fenómenos, leyes y funciones de fenómenos, y que el predominio de las semejanzas sobre las diferencias entre los grupos formados por estos elementos, permite la formación de especies ó familias morbosas, cuya significación se limita á espresar una relación de analogía, útil para el objeto del arte, que es el de favorecer las modificaciones de la vida que propenden á aproximarla al tipo ideal de la salud.

Entre las tendencias más notables que presentan las enfermedades crónicas, y que pueden dar origen á consideraciones generales de alguna importancia, pueden mencionarse dos estados opuestos é igualmente graves: la consunción y la sofocación. Unas afecciones son físicas, consuntivas, estenuan el cuerpo humano después de licuarle, y propenden á reducirle á su esqueleto; afectan principalmente la nutrición, interesando en menor grado las demás funciones: tal es la fiebre hectica; tal es ese estado marasmático que acompaña á gran número de enfermedades crónicas, y que se inicia por cierta blandura de los tejidos, falta de plasticidad de los humores, y una debilidad de la constitución, que se revela por la escasa actividad de muchos fenómenos orgánicos, especialmente los nutritivos. Otras enfermedades crónicas, por el contrario, suelen empezar por una exageración relativa de las funciones de nutrición; van acompañadas de manifestaciones morbosas, que más bien revelan exceso de fuerza plástica y de humores; abundan en derrames é infiltraciones de diversas clases; traen consigo muchas veces la opresión de las funciones respiratorias y sensoriales, y terminan á menudo por una verdadera sofocación: son el desbordamiento que arrasa la campiña con las aguas que debieran fertilizarla; así como en el caso contrario, produce el mismo efecto la sequía consiguiente á la progresiva disminución de una fuente bienhechora.

A las precedentes consideraciones debemos limitar esta breve reseña, destinada más bien á unas cuantas indicaciones generales, que á la exposición de pormenores, impropios de nuestro actual objeto.

En el artículo inmediato terminaremos este asunto, ocupándonos brevemente de la terapéutica en general de las enfermedades crónicas.

Nieto.

FUNDAMENTOS

DE LA MEDICINA NATURAL Y SIMPLICISIMA.

PARTE SEGUNDA.

HISTORIA.

E.—Alejandría.

261. La duda socrática no pudo borrar completamente la profunda división que desde el principio reinó en el campo de la filosofía: solamente fué una suspensión del juicio, en cuanto al conocimiento de la verdad investigada, de la cual resultó la desviación del objeto filosófico universal y cosmogónico en dirección del estudio del hombre.

262. Así es, que del seno mismo de la filosofía socrática renacieron, vigorosas con la abundante sávia del mártir de la cicuta, aquellas dos mismas grandes ramas pitagórica y thalesiana, cuyas destrozadas ruinas fueron el juguete entretenido de los funestos sofistas. La filosofía de la materia fundada por *Thales* es reproducida en *Aristóteles*: la del espíritu de *Pitágoras*, en *Platon*. El método *á priori* es seguido en la *Academia*; el *á posteriori*, en el *Liceo*, pero ambos, como *Sócrates*, aplican la reflexión á la conciencia.

263. Continúan la escuela de *Platon*, constituyendo lo que se ha llamado 1.^a *Academia*, los filósofos *Espeusipo*, *Polemon*, *Crates*, *Crantor* y *Xenócrates*.

264. Continúa principalmente la escuela de *Aristóteles* su sucesor *Theophrasto* (boca divina), cuyos discípulos *Dicearco de Mesina*, *Aristógenes de Tarento*, *Cratichides de Ponto*, *Eudemo de Rodas*, *Tanias de Erisos*, *Gerónimo de Rodas* y *Demetrio Falero* profesaron con lucimiento las ideas aristotélicas cuya escuela continuaron después *Estraton de Lamsaco* (el físico), *Licon de la Troada*, *Critolao*, *Aniton* y *Diodoro de Tiro*.

265. Si repasamos las obras que han producido los caudillos, sucesores y discípulos de estas dos grandes escuelas, sin embargo de no haber llegado todas á nuestra edad, no es difícil penetrarse de lo mucho que por ellos adelantaron las ciencias naturales en general y aquellas que más inmediata relación tienen con la medicina. Pero la filosofía del *Liceo* aventajó en esto á la *Academia*, como fácilmente se comprende que debía suceder, reflexionando la índole del pensamiento filosófico respectivo de cada una. Díganlo por mí los diez libros sobre los animales (quinta parte de lo que *Aristóteles* escribió sobre plantas y animales), y otro sobre *El mundo* del mismo autor que nos reservó su predilecto discípulo: díganlo la *historia de las plantas* y sobre las causas de la vegetación de *Theophrasto*: díganlo, en fin, los varios pasajes que se leen en autores posteriores relativos á los estudios que en filosofía natural hicieron otros cuyas obras se han perdido.

266. Pero como los grandes acontecimientos científicos ni suelen ser producidos repentina y exclusivamente por un solo hombre, ni sus resultados seguidos instantáneamente por su posteridad, de aquí el que, no obstante de haber separado *Hipócrates* la medicina de la filosofía, aun cultivasen las ciencias de la primera aquellos notables filósofos que todavía conservaban tendencias enciclopédicas.

267. Así vemos que *Platon* aplicaba su sistema filosófico á la explicación de los fenómenos vitales fisiológicos y morbosos. Existen, según él, dos almas: una inmaterial é inmortal, y otra material que preside á las funciones de la vida, la que consiste en la unión del espíritu y el fuego que produce el calor de la sangre, el cual disuelve los alimentos y verifica la digestión. Todas las funciones son íntimamente explicadas por la teoría geométrica de los triángulos, y por iguales raciocinios, no son las enfermedades otra cosa que el defecto de proporción entre los elementos físicos del cuerpo, las cuales tienen vida como los animales y una marcha natural y precisa como la existencia de ellos, que es malo perturbar con remedios, pues se agravan.

268. Así vemos que *Aristóteles*, aplicando sus tendencias filosóficas á la explicación de los fenómenos vitales fisiológicos y morbosos, dotaba al alma de cuatro facultades primitivas, que son: la *vegetativa ó nutritiva*, *sensitiva*, *motriz é intelectual*. Vemos que hizo los primeros ensayos de *Anatomía comparada*, inculcando el gusto por esta ciencia, y que contribuyó más que *Platon* en esta parte, para la preparación de la escuela *Alejandriaca*.

269. Pero, sin embargo: así como las filosofías rivales de *Aristóteles* y *Platon* están superiormente dominadas por un espíritu común, cual es el socrático, así las ideas médicas de ambos caudillos están enlazadas por un vínculo fraternal, cual es el hipocrático.

II.

270. *Téssalo y Dracon*, hijos de *Hipócrates*; *Polibio*, su yerno; *Dyocles de Carysto*, apellidado por los atenienses el *Segundo Hipócrates*, y *Praxágoras de Coos*, fueron los que, continuando y desarrollando la medicina hipocrática, constituyeron la primitiva escuela del *Dogmatismo médico*.

271. No consta que fuesen muchos los adelantos que se hicieron en la ciencia durante el período de los inmediatos sucesores de *Hipócrates*, pues todos, como he dicho, continuaron y profesaron en el fondo la doctrina del gran maestro. Sin embargo, el último de los citados que también lo fué de aquella ilustre familia de los *Asclepiades*, se distinguió notablemente por los grandes conocimientos que se dice que adquirió diseccionando cadáveres furtivamente, siendo por tanto muy probable que hiciese algunos descubrimientos anatómicos. Pero más que todo es importante el descubrimiento que se le atribuye de haber encontrado la relación íntima que existe entre el pulso y las fuerzas del organismo, la cual, considerada como de una trascendencia suma, llegó prontamente á ser la base de un sistema semiótico, y más tarde, hasta nuestros días, puede considerarse el acto de *tomar el pulso* como la manifestación más gráfica del ejercicio de nuestra facultad.

272. Hé aquí un descubrimiento importante. Hé aquí un hecho de una trascendencia inmensa que bien pronto valuaron, como he dicho, los médicos de la antigüedad. Hé aquí un dato que ha explotado, explota y explotará el médico con provecho sumo para el negocio de curar y aliviar las dolencias, llegando exageradamente á ser tenido por algún autor moderno, no solo como el más importante, sino como el único en que puede fundar el médico toda suerte de juicios exactos en el ejercicio de su arte.

273. Y es porque ese finísimo latido que la sangre produce en la arteria, es el eco de lo que pasa en el corazón, uno de los órganos más importantes de la vida orgánica; un pie del tripode de la vida: porque él manifiesta el estado en que se encuentra uno de los aparatos generales más importantes, ora relativamente al continente, ora al contenido de este mismo aparato; y como en la economía animal todos están tan íntimamente unidos y relacionados que es imposible separarlos mas que mentalmente, porque del conjunto armónico de sus reciprocas, íntimas é indivisibles influencias, misteriosamente animadas, resulta la vida, síguese que aquel finísimo latido, al percibirlo en sus infinitas, inesplícables é indefinibles variaciones, el ejercitado tacto del médico sesudo y muy pensador, puede ser la luminosa chispa que ilumine su inteligencia, haciéndole ver con claridad inefable el estado general del enfermo, y ayudado por los otros signos, la indicación suprema que deba llenar.

274. Este peregrino fenómeno que tantos bienes reporta á la humanidad, á la ciencia y al médico: el único, acaso, en que puede fundar con seguridad un pronóstico certero: el que decide de la aplicación oportuna de un medicamento que dá la vida: el que sirve para marcar, antes que todos en la gran mayoría de casos, el diagnóstico de la enfermedad, y que es, por tanto, base obligada de toda *nosología* y muelle real que anima la gran máquina de la ciencia del diagnóstico, principalmente en las enfermedades agudas, no ha sido descubierto por los adelantados individuales ni colectivos de aquel grupo de conocimientos de ciencias naturales que tanta importancia parecen tener en la ciencia médica moderna: ha sido reservado á *Praxágoras* como premio de su investigadora atención en el campo fecundo de la observación clínica.

275. Y la importancia que tiene y hasta aquí le he reconocido, no es todavía por cuanto nos revela, determina ó dá el nombre de una dolencia ó entidad patológica cualquiera, lo cual, sin duda alguna, es más importante ahora que antes en aquellos tiempos á que me refiero, por tener hoy medicamentos especiales capaces de interrumpir y aun disipar completamente ciertas enfermedades graves que se conocen principalmente por el pulso, no: la importancia que ahora le doy y á la que me refiero, es aquella que está en armonía con el modo sintético que tenían los médicos hipocráticos de considerar los males: no es con relación á tal ó cual enfermedad; es con relación al *estado morbozo*: á la filosofía médica de conjunto; á la expresión, en fin, más elevada de la filosofía clínica del autor de los *aforismos*.

276. ¡Admiremos aquí, aunque sea volviendo la consideración á *Hipócrates*, la excelencia de esa filosofía, que sin conocer la importancia de semejante signo que tantos bienes produce y que hoy es tan indispensable, pudo remontarse hasta la escelsa altura que fué suficiente para dominar toda la enorme extensión del campo de los siglos!

III.

277. No puede llevar largo tiempo un hombre solo el peso de muchos imperios: así es, que los generales de *Alejandro*, el hijo de *Filipo*, movidos por la ambición, trataron de hacerse dueños de las provincias confiadas á su administración y custodia: porque había sonado la hora fatal de la Grecia, perdiendo su importancia científica con la muerte de *Platon* y *Aristóteles*, y la política con la del gran conquistador, discípulo de este último.

278. *Ptolomeo Lago*, gobernador del Egipto, y *Euménio* que lo era de Pérgamo y de la Mycia, se convirtieron en soberanos de sus respectivas comarcas, y entonces quisieron aumentar la prosperidad de ellas, protegiendo las ciencias, las artes y el comercio. Sus sucesores continuaron con tesón igual empeño, y por lo que toca á las ciencias, fueron palpables muestras las bibliotecas asombrosas de *Pérgamo* y *Alejandro*. Por la noble rivalidad en que se hallaban, se inventó el *pergamino* para sustituir al *papiro*; y extraordinariamente enriquecidas, no se limitó *Ptolomeo Sotero*, jefe de los Lágidas, á reunir libros; quiso ordenarlos, y para eso reunió en *Alejandro* á los sabios de todos los países, los cuales comenzaron sus trabajos y escrutinios, discutiendo y fomentando las ciencias bajo la diversidad de aspectos con que se consideraban en todas las regiones del mundo científico, pues que de todas partes acudieron y acudían los sabios, llevados por el santo estímulo del progreso intelectual de la humanidad, á recoger los premios y laureles que en justicia merecían sus talentos, obras y virtudes. Así se fundó la *escuela de Alejandro*.

J. Garófalo.

FILOSOFÍA MÉDICA.

Cartas al Dr. Nieto sobre su crítica de mi TRATADO DE LA RAZÓN HUMANA.

El Sr. D. Pedro Mata ha creído conveniente contestar á un artículo crítico abriendo una polémica. Por nuestra parte la admitimos por dos motivos; primero, por la consideración que se merece el ilustrado autor del *Tratado de la razón humana*, y principalmente por la utilidad que puede resultar de una discusión, en que se agitan los principios fundamentales de todo saber. Sin embargo, advertimos que asunto de tanta magnitud no puede tratarse convenientemente en los límites de un periódico; por lo tanto nuestra contestación, que aplazamos para cuando termine su réplica el Sr. Mata, será breve, condensada sobre los puntos culminantes de la doctrina, y procuraremos que tenga toda la aplicación posible á las ciencias médicas. Sentiríamos que la extensión de estos artículos fuese un obstáculo para que se penetraran de ellos nuestros lectores, y en la parte que nos corresponde trataremos de evitar este inconveniente. De todos modos, haremos notar que las cuestiones que en ellos se debaten son de importancia capital para la constitución de todas las ciencias; que interesan, por lo tanto, eminentemente á la fisiología y á la medicina propiamente dicha, y que su solución constituye la herencia que el porvenir aguarda de la época actual. Por lo tanto, esperamos de la indulgencia de nuestros profesores que no nos censurarán por el lugar que concedemos á su estudio.

CARTA PRIMERA.

Madrid 29 de diciembre de 1858.

Muy Sr. mio, amigo y respetable compensor: Le doy á Vd. las más espresivas gracias por haberse al fin ocupado en analizar mi última obra científica, titulada *Tratado de la razón humana*.

Se las doy con tanto más gusto, cuanto que tiempo hace que no me le proporcionan los redactores de los periódicos de cualquier especie que sean, puesto que guardan sobre todas mis producciones, tanto científicas como literarias, un silencio inesplícable.

He leído muy detenidamente los dos artículos que Vd. ha escrito acerca de mi obra, y si el primero ya me impulsó á poner mano á la pluma para contestar, el segundo no me dejó razón alguna aceptable para desistir de mi propósito. No me sobran ocios para emplear el tiempo en discusiones periodísticas, y por otra parte, tengo bastante experiencia de lo que suelen dar de sí las científicas polémicas. Si es lícito juzgar por la historia, ni Vd. ni yo nos daremos jamás por vencidos. Desde que ha habido luchas científicas ha sucedido lo propio. Los combatientes no se han rendido nunca. El orgullo personal los ha vuelto numantinos.

No se ha perdido, sin embargo, el tiempo. Los espectadores del combate han juzgado de qué parte estaba la razón, y así se han ido modificando las doctrinas.

Además de este motivo, tengo otro para robar á mis numerosas y graves ocupaciones algunos ratos. He dicho en el prólogo y final de mi obra que, si se me atacase con razones, contestaría á ellas; Vd. me ha atacado con razones, debo, pues, defenderme.

Entre otras muchas ventajas, tiene Vd. sobre mí la de sostener una filosofía que está de moda; que cuenta con muchos partidarios porque es alemana, y que ha de encontrar más eco en la multitud de hoy día, en especial entre

aquellos que se dejan llevar por la reacción política que baja de altas regiones.

Usted con el capote de Kant, con la lorica de Schelling, y la lanza de Hegel ó cualquier otro de los jefes *yoístas* de aliende el Rhin, será á los ojos de no pocos un formidable Goliath de Get, capaz de hacer que *timeat et metuat nimis la turba multa* deslumbrada con el fulgente resplandor de sonoras reputaciones.

Yo, desuado, sin más defensa que una túnica fabricada por mí mismo, y sin más armas que la honda de mi raciocinio y los guijarros de mi lógica, seré para muchos un pobre David que ha descendido temerariamente al valle de esos Terebintos, para ser entregado después de una fácil derrota *volatilibus caeli et bestiis terrae*. Mas, lleno de confianza en mi causa, y sin temor de que se me acuse de jactancioso, espero que no le ha de valer á Vd. su capote germánico para librarse de las pedradas que yo le lance, ni su lorica de *yoista* para que no se bambolee, así como no le valió al gigante Filisteo su pesada armadura cúprea, para no venir al suelo derribado del cantazo que le enderezó el imberbe Bellehemitá.

En guardia, pues, mi querido Dr. Nieto, que el público ya nos hurga para que se oiga el retintín de los estoques.

Empecemos por el artículo primero y por su primer párrafo.

Me llama Vd. *secundo*; calificación que han de extrañar un poco los lectores de *El Siglo*, como no sepan por otras vías en qué consiste la fecundidad del Dr. Mata.

Paso lo del propósito de mi obra, aunque no está del todo explícito en lo que Vd. dice de él; pero no hubiera querido que la llamase Vd. *reproducción de las lecciones* dadas por mí en el Ateneo de Madrid en 1856.

Son las *propias lecciones*, improvisadas allí, y escuchadas por espacio de veintiseis noches repartidas en cuatro meses, por un público numeroso y entendido, que me favoreció siempre con asidua asistencia, y que en más de una ocasión me manifestó sus simpatías, ya con atención profunda, ya con repetidos aplausos; todo lo cual menciono aquí, no por el pueril afán de halagar mi vanidad, sino para abonar mi doctrina.

No me censure Vd. este pequeño desahogo, recordándome aquello tan sabido de *Séneca*: *Laus, in ore proprio, vilescit*; porque habiendo llamado Vd. ahora y mientras duraron las lecciones, esta circunstancia, digna en mi concepto de que conste en el proceso para que la tengan en cuenta los que viven en provincia, á la hora del fallo, me ha puesto Vd. en la precisión de consignarla.

Es también verdad que he escrito al frente de mi libro por epígrafe *Filosofía española*, porque hago fervientes votos para que seamos alguna vez originales en el modo de pensar; que no vayamos siempre á remolque de reputaciones extranjeras, tan solo porque lo son, y que así como otras naciones adoptan á fuer de suya la concepción de un indigena, hagamos nosotros otro tanto, si el pensamiento de un libro ó el libro mismo es la producción original de un hijo del país. Ya es tiempo de que en la vasta esposición científica moderna figure algún producto de España.

Respecto de la cita de Pascal, no pongo grande empeño en que la interprete Vd. como mejor le parezca. Pero si quiere Vd. entender bien mi idea, examine Vd. las altas pretensiones de los neo-espiritualistas, y aplique Vd. la moraleja. Yo no proscribo nada legítimo. Como la lógica y la experiencia le pongan su *visto bueno*, lo doy por valedero.

Dice Vd. que son conocidas mis tendencias filosóficas, y mis compromisos á favor de ciertas doctrinas.

No me gusta ese modo de hablar tan vago.

¿Cuáles son esas tendencias? ¿Cuáles esas doctrinas?

Yo no tengo tendencias. Soy muy claro, explícito y terminante en todos mis escritos.

En el decurso de este debate iremos viendo qué tendencias y qué doctrinas son las mías, si es que ya no lo tenga dicho de todos los modos posibles en mis obras. Mi bandera está hecha girones de puro ondear en el baluarte de mi pluma.

Añade Vd. que en mi última obra me manifiesto consecuente conmigo mismo, salvo algunas modificaciones que parezco hacer, más bien para no alarmar *susceptibilidades* y allanar el camino á mis ideas.

En cuanto á la consecuencia, convenidos. Creo tener este mérito, que no es flojo, en los tiempos que corremos. Todas mis obras llevan el sello de mi doctrina.

Mas en cuanto á lo de las *modificaciones*, ya no estamos de acuerdo. No he modificado nada. Si sobre ciertos puntos he sido más explícito, eso se debe al mal intencionado empeño de algunos, que, para hacer menos admisible mi doctrina, á falta de medios de combatirla, la suponen hostil á las creencias del país, medio el más seguro entre nosotros, y hoy día, para enajenarle simpatías, por lo menos en público.

Mis ideas no necesitan de esos ardidés para abrirse fácil paso. Que la hipocresía ni el fanatismo no les salgan al encuentro, y ellas marcharán por sí mismas por el plano inclinado de la lógica y la persuasión.

He dicho en una de mis lecciones (y por cierto no de las menos aplaudidas), por qué y para quienes me esforzaba en demostrar que mi doctrina no tiene nada de heterodoxa. Las *susceptibilidades* probas es lo que no quiero alarmar, persuadiéndolas á que mis principios no están en pugna con sus creencias; mas al conducirme así, no hago ninguna modificación. Como vengo pensando tiempo hace, pienso y seguiré pensando, mientras no se me pruebe que ando errado.

Prosigue Vd. diciendo que profeso una ontología, la de la materia; un culto y una religión, la del sér que preside á los fenómenos materiales, de cuya multiplicidad resulta siempre, en mi concepto, la unidad.

Todo eso, sobre ser bastante oscuro, es inexacto.

Yo no profeso ninguna ontología de la materia; de las *materias*, simples ó compuestas y determinadas, si; porque son entidades reales y su ontología es verdadera, legítima y digna de que la profese quien no esté tocado de la locura de Berkeley, para el cual era una ilusión la existencia de los cuerpos.

La voz *materia* es de sentido colectivo. Es un abstracto con el cual espresamos todo lo que ocupa espacio, pero en realidad no hay nada particular y objetivo que pueda llamarse *materia*; esta siempre se individualiza en la naturaleza; siempre existe en átomos ó cuerpos simples, plomo, cobre, oxígeno, hidrógeno, carbono, azoe, azufre, etc., en estado puro ó de mezcla ó combinación más ó menos complicada.

Cuando hablo de la materia en general, uso de esa voz como un abstracto para facilitarme la dicción; pero jamás entiendo que haya una cosa concreta, particular ó objetiva que así se llame. Aquí los concretos son siempre alguno de los cuerpos simples ó compuestos conocidos.

No profeso, pues, la ontología de la materia.

Tampoco es mi culto ni mi religión el sér que preside á los fenómenos materiales, ni hago depender de la multipli-

edad la unidad, dicho así de esa manera no clara para mí, pues que no sé si ese *cuya* se refiere al ser ó á los fenómenos. La gramática me dice que debo referirle á estos.

¿Cuál es el ser al cual rindo culto, y por el cual tengo religión? ¿Cuál es el ser cuya unidad busco en su multiplicidad, si á él se refiere el pronombre mencionado? ¿A qué mundo pertenecen esos fenómenos materiales que ese ser preside? ¿Es el *macrocosmo*? ¿Es el *microcosmo*?

Si se habla del gran mundo, he dicho lo que dicen los filósofos no ateos, que Dios es la causa primera.

Si se trata del pequeño mundo ó del hombre, he dicho lo que dicen los espiritualistas; que el *alma* es la causa primera de cuanto ocurre en la economía humana.

¿Son esos los seres á que alude Vd., como presidentes de los fenómenos materiales, y á quienes rindo culto y por quienes tengo religión? Si así lo pensara, no lo diría por demasiado supuesto.

Si el ser que preside esos fenómenos y por el cual, en concepto de Vd., profeso un culto y una religión, no es Dios ni el alma, sino los agentes naturales, físicos y químicos, de los cuales, en mi doctrina, se sirven aquellas causas primeras, la una para gobernar el mundo, la otra para gobernar al hombre, entonces declaro que no les doy culto, porque no soy idólatra; ni profeso en su templo religión alguna, porque no soy fanático.

Creo, ó por mejor decir, estoy convencido de la existencia de esas causas secundarias, no como un *ser* (no son más esas ontologías), sino como creaciones naturales, como agentes físicos y químicos sujetos á ciertas leyes generales de la materia, y así se concibe cómo de la multiplicidad de su existencia y acción, dirigida á determinados fines, puede resultar, como resulta, la unidad de productos compleja, final, sintética, ya en el mundo ya en el hombre.

Creo que Vd. se refiere á esas causas, cuando dice que de su multiplicidad deduzco la unidad; porque si aludiese á Dios ó al alma, hablando del *ser*, al cual rindo culto y religión, me supondría Vd. gratuitamente una doctrina absurda que no he profesado nunca.

Yo no puedo hacer múltiple á Dios ni múltiple al alma, ni hacer resultar de esa multiplicidad respectiva la unidad del uno y de la otra. Ni lo he soñado siquiera.

Quédese para Homero ó los poetas indios y africanos el crear muchos dioses, y para Platon y Aristóteles allá en lo antiguo, ó para Bacon y Maine de Birau, en nuestros tiempos, el admitir más de un alma.

Afirma Vd. también que toda la fuerza de mi argumentación consiste en la debilidad de la doctrina que combato; empeñado en sostener uno de los términos de la antinomia fundamental que ha dividido á los filósofos, me esfuerzo en combatir á los que defienden el otro término, logrando tal cual éxito en mis ataques, pero perdiendo todo el fruto que de ellos debiera prometerme por falta de severidad y extensión en mi crítica.

Por de pronto tenemos que la doctrina combatida por mí es débil. Vd. mismo lo declara, puesto que en ello vé la fuerza de mi argumentación.

Yo opino como Vd. en cuanto á la debilidad de esa doctrina. No solo la tengo por débil, sino por falsa; pero disiento en cuanto á la fuerza de mi argumentación, pues la considero en la lógica de mis razones y en la abundancia de hechos oportunos sobre los cuales me apoyo. Mientras no me demuestre Vd. que no son ciertos esos hechos, atinada la significación que les doy y lógicas mis deducciones, tendré derecho á pensar que mi fuerza no procede de la debilidad ajena.

Ahora pregunto: ¿cuál es ese término de la antinomia fundamental que ha dividido á los filósofos, sostenido con empeño por mí, y cuál el que me esfuerzo en atacar?

Supongo que la antinomia á que Vd. alude, es el *materialismo* y el *espiritualismo*, ó el método *a posteriori* y el *a priori*, puesto que realmente esos términos son los que han dividido á los filósofos.

Pues bien; si es así, y si el término que yo me empeño en sostener es el *materialismo*, tenemos que el otro, el *espiritualismo*, el que yo combato como Vd. dice, es según Vd., débil. Gracias por la concesión; no me la esperaba de Vd. Los espiritualistas arrugarán el entrecejo. Corre Vd. riesgo de que le espulsen del gremio por infiel.

Por lo demás, yo no me empeño en sostener el *materialismo* como Vd. lo da á entender. Doy á la materia lo que es de la materia, y al espíritu lo que es del espíritu. Supongo á este como una causa primera del microcosmo y no digo nada más, ni de esa causa en sí, ni del modo como se relaciona con el cuerpo; porque confieso francamente que no sé una palabra de ello, y lo que es peor, es que Vd. y los más encopetados metafísicos se encuentran en la misma impotencia que yo sobre este punto.

Fijada mi atención exclusiva en las causas inmediatas que son las de mi incumbencia, sostengo que las facultades psíquicas son debidas á la organización; que de esta dependen sus diferencias de naturaleza y energía. Aplico á la psicología una ley universal de la fisiología, á saber: que toda función necesita de un órgano especial para realizarse, y lo hago así, porque la psicología es una rama de la fisiología; esa ciencia que se quieren reservar como doctrina *isotérica* los sacerdotes de la filosofía, no es más, si ha de ser algo positivo, que la fisiología del cerebro, del órgano del alma; por ser psíquicas las funciones, no dejan por eso de ser funciones, actos de la vida; y como tales, sujetas al código fisiológico, sin fuero especial alguno.

Todas las facultades que concurren á la formación del pensamiento, necesitan tanto de sus órganos respectivos, como de los suyos todas las actividades que concurren á la digestión y á cualquier otra función de la vida nutritiva.

Puesto que el alma no puede realizar sus potencias ni revelarlas de modo alguno sino por medio del cuerpo, y afirmar esto no es ser materialista; tampoco ha de serlo afirmar que ninguna función psíquica puede realizarse sin su órgano respectivo.

Niego la existencia de fuerzas vitales como, esencialmente diferentes de las físicas y químicas, porque el estudio detenido de las funciones de toda organización, me demuestra la innecesidad de tales fuerzas: son una creación hipotética, redundante é inútil, puesto que nada explican, de nada dan idea, ni se prestan al progreso ni á las aplicaciones prácticas. Llevamos muchos siglos de vitalismo de todos trajes y calibres, y estamos hoy como en los primeros tiempos, al paso que con pocos años de aplicación de la física y de la química á la fisiología, ya se ha rasgado el velo del misterio respecto de muchos fenómenos vitales que el pretencioso vitalismo no ha sabido nunca esclarecer.

Pero de negar la existencia de las fuerzas vitales no se sigue que mi doctrina sea materialista como término antitético, puesto que no conduce á la negación del otro término ó del alma. Tan ortodoxo es decir que el alma gobierna el cuerpo por medio de agentes y leyes físicas y químicas, como por medio de fuerzas vitales en esencia diferentes

de aquellos, y tan inexplicable es de un modo como de otro la manera de relacionarse el espíritu con el cuerpo. San Agustín ya lo dijo: esa unión es admirable, pero incomprendible para el hombre; pero eso es precisamente ser hombre, no comprenderlo.

Por último proclamo la materia activa, porque lo de la inercia de la materia es un dogma cartesiano falso. Demuestro que es activa, porque se une entre átomos homogéneos y heterogéneos, vive, se nutre, crece y se reproduce; se mueve, siente, percibe, recuerda, raciocina, se conmueve y quiere; la mayor parte de estas actividades se encuentran en las plantas que no tienen ningún espíritu, y todas se hallan en los irracionales que carecen de alma. En unos y otros no hay más que materia, cuerpos inmediatos que se combinan entre sí formando glóbulos, celdillas, tejidos y órganos, relacionados con los medios donde existen, de los cuales toman los elementos que necesitan, y á los cuales devuelven lo que no les sirve ó estorba, sin que para hacer todo eso les haga la menor falta ningún espíritu, ni duende, ni fuerza vital alguna, puesto que el primer paso, el más radical y primario que da la materia inorgánica, muerta, al reino de la vida, le da precisamente en las partes verdes de las plantas, bajo el influjo de los rayos del sol.

Las fuerzas físicas y químicas bajo cuyo influjo se hace todo eso, no vienen á ser al fin y al cabo más que dinámicos; esto es, cuerpos, materia, acerca de cuya actividad solo puede ser lícito dudar al que ni haya saludado el pórtico de la ciencia.

Niégume Vd., si puede, la verdad de todos esos asertos, y puesto que son la verdad, yo, amigo de ella, debo empeñarme en sostenerla.

Respecto del hombre he dicho que, además de materia, de cuerpo, tiene alma, como lo manda el dogma y lo quiere la filosofía espiritualista, con los cuales sobre este punto no tengo ninguna necesidad ni gana de reñir.

Si Vd. me sale con la embajada de que hay inconsecuencia y contradicción en ello, como no me demuestre Vd. que no es verdad lo que digo de las plantas y animales irracionales, ya comprende Vd. que no he de ser yo quien busque la lógica y la armonía. Recuerde Vd. aquello de un Santo Padre: *credo quia absurdum*. Esto es cuestión de fe, y ya estará Vd. cansado de oír decir que la fe resuelve los problemas que la limitada inteligencia humana no puede resolver por sí sola.

De todas estas reflexiones y otras muchas que pudiera hacer y que están hechas en mi libro, resulta que el término de la antinomia fundamental sostenido por mí, no es un ataque al otro término, que no me ocupo siquiera en él; rechazo las embestidas, desbarato los argumentos de los que no quieren reconocer la física y la química ni aun la fisiología en la organización, ni esta en la manifestación exterior de las potencias anímicas, lo cual es más bien defenderse que ser agresor. La antinomia desaparece, puesto que no niego el otro término ni lo que le pertenece.

Si cuando habla Vd. de los términos de esa antinomia se refiere al método, tampoco tiene Vd. razón en suponer que lo es, y mucho menos en reprobarle por ello.

Es verdad que mi método filosófico en todo es el *a posteriori*, cuando se trata de investigar la verdad, de filosofar sobre cualquier cosa. Y es que estoy profundamente convencido de que es el mejor, el único que puede hacernos marchar por la senda del acierto.

Empiezo por estudiar los particulares, los hechos, los fenómenos, y cuando tengo suficiente número de ellos, me elevo á la generalidad, á los principios, á la ley.

Dirá Vd. que es el método baconiano, opuesto al de Descartes, y que ahí está la antinomia como la hubo entre Thales y Pitágoras, y un poco entre Platon y Aristóteles. Enhorabuena; pero pensemoslo algo más.

Aunque mi método tiene mucho de baconiano, creo que hay algo más en él: y ese algo puede volver por los fueros del método *a posteriori*, considerado como defectuoso por ciertos filósofos modernos.

Bacon no dijo cuándo es suficiente el número de particulares para elevarse desde ellos á la generalidad.

Pues yo creo haber hallado la regla: por lo menos declaro como hombre honrado, que la debo á mis propias meditaciones.

El número de particulares es suficiente, cuando ya no es posible la contingencia, la casualidad; cuando hay ya una relación necesaria entre los particulares y la generalidad que de ellos brota con el reflejo de la experiencia sobre el campo del raciocinio. De esa relación necesaria nace legítimo el principio; ella sanciona la ley.

Con esta sencilla fórmula ya no hay necesidad de fijar el número, lo cual sería impracticable ó antojadizo. Con ella se rectifica al propio tiempo el axioma de Occam: *ex particularibus nihil sequitur*. El número puede ser reducido ó considerable, según los casos. El de causas posibles de los hechos le aumenta ó disminuye. Cuantas más causas posibles tiene un hecho, tantos más de su clase son necesarios para determinar la causa que los produce.

Un hecho particular de significación relativa no prueba en efecto nada; de significación absoluta lo prueba todo. Uno basta para deducir lógicamente.

He aquí mi método filosófico: así procedo yo cuando estudio cualquier cosa, y así he procedido al buscar los elementos de la razón humana.

Es baconiano, pero es algo más que baconiano; está al abrigo de los ataques de que aquel ha sido blanco, y puesto que la síntesis completa la análisis, la antinomia también desaparece.

Si la vé Vd. en que proclamo el método *a posteriori* como aplicable á todo y siempre preferible al *a priori*, sea en buena hora; pero desde ahora le reto á Vd. que me demuestre en qué ocasiones este método es más aceptable, siempre que se trate de descubrir la verdad. Si fuese para esconderla, ya sería otra cosa. Ciencias hay que se prestan admirablemente á la síntesis. Ya sabe Vd. que yo le he ensayado en una. Pero aun en este caso, el punto de partida debe ser producto de la experiencia.

Después de lo que llevo refutado, dice Vd. que logro tal cual éxito en mis ataques. Yo creo que el éxito es completo, y difícil le ha de ser á Vd. probarme lo contrario.

Dice Vd. además que pierdo todo el fruto de mis esfuerzos por falta de severidad y extensión en mi crítica.

No entiendo bien qué es lo que quiere Vd. decir con eso. En lo que yo critico soy tan severo que nada dejo pasar, por poco que no esté legitimado por la lógica. En cuanto á la extensión, he dado á mi crítica la que mi objeto me ha trazado. Hable Vd. más claro, y yo me explicaré más sobre este punto.

Por último, esclama Vd.: ¡Lástima ciertamente que se malogren tantos esfuerzos por no haberse penetrado el autor que sostiene una causa juzgada y que pertenece á la historia! Es preciso tomar de más cerca la filosofía si se quiere impulsarla por la senda del progreso.

Si mis esfuerzos se malogran, lo cual no espero, no será seguramente por estar juzgada mi causa ni por pertenecer á la historia; pues mal puede pertenecer á la historia una concepción que nació en 1836 en la cátedra del Ateneo, y mal puede estar juzgada antes de haber sido conocida.

Yo no sé precisamente en qué hace consistir Vd. mi causa, porque tiene Vd. un modo de decir las cosas tan vago, que he de buscar su pensamiento entre suposiciones.

¿Es acaso mi modo de concebir la razón humana? Hasta aquí todos los filósofos han hablado de ella como de una facultad simple ó compuesta; todos la han definido mal, porque su definición no puede servir para distinguir al loco del cuerdo. Yo miro la razón como sinónima de un estado responsable; no como una facultad, sino como un *estado* de las facultades del hombre. Ello podrá ser acertado ó no; más tarde lo veremos; pero siempre resulta que es un modo de ver nuevo, mio, original, diferente de todos los demás hasta aquí sabidos; luego no puede estar juzgado, ni pertenecer á la historia.

¿Es acaso la clasificación que hago de las facultades del hombre? Nos hallamos en igual caso. No está tomada de ninguna escuela caduca. Es mía, original, nueva. ¿Cómo ha de estar juzgada? ¿Cómo ha de pertenecer á la historia?

Si en cuanto á la designación de las facultades de ciertas clases tiene algún roce con la escuela de Edimburgo y la doctrina de Gall, hay notable diferencia en la base de que parto y en el sistema que establezco.

Me temo mucho que, víctima de una prevención harto común, y enlazando mis lecciones con cierta célebre discusión habida en el Ateneo, no haya Vd. visto en mi libro más que la frenología como vulgarmente se vé, y por eso haya dicho que mi causa pertenece á la historia.

Sobre que la doctrina de Gall no está muerta, no está más que asfixiada, bajo el influjo tiránico de la reacción neo-espiritualista, y lo que está pasando en Francia con la obra de Cubi, puede advertir que por poco que Vd. viva, acaso la vea resucitar con más fuerza; ya sabe Vd. que la base de mi doctrina no es la *cranioscopia*, que son los actos exteriores de los hombres y animales, actos demasiado positivos y palpantes para que la sana lógica los recuse y los sepulte en el panteón de los siglos.

Si la causa á que Vd. alude no es nada de lo dicho, ¿será mi decisión por el método *a posteriori* del cual me he valido para observar todo lo que pasa en el hombre desde que es fecundado, hasta que muere de vejez, para descubrir sus facultades? ¿Cree Vd. de veras que está juzgado ese método, que ya está abandonado, por más que así lo hayan pretendido los *yoístas* alemanes, negando su aplicación al estudio de la conciencia ó de las facultades del alma?

Este error es uno de los más profundos, como lo he demostrado en mi obra, y como se lo demostraré á Vd. á su tiempo, puesto que es uno de los puntos que me ha intentado censurar.

Lo que verdaderamente pertenecía á la historia y estaba más que juzgado por más de dos mil años de esterilidad completa, es el método *a priori*; ese funesto método que desde Platon y Aristóteles ha llenado el mundo de errores y vaciedades. El mismo Descartes que quiso resucitarle con su célebre *cogito ergo sum*, no pudo sostenerle; Bacon ahogó ese platonismo, y los *yoístas* alemanes que han galvanizado ese cadáver, han de sufrir igual suerte.

Si no es tampoco eso mi causa, ¿será el haber sostenido que es el cerebro el órgano del alma, el centro de todas las facultades psíquicas del hombre? No creo que tal cosa piense Vd., á menos que quisiera ponerse en abierta pugna con lo que está consignado de una manera clara y terminante, y como una verdad inconcusa en todas las obras de anatomía y fisiología modernas.

Pasaron ya los tiempos en que se buscaban otras vísceras para sitio de pasiones y sentimientos; eso sí que es histórico y está juzgado para siempre, como uno de los mayores disparates fisiológicos.

Si no es precisamente porque tengo el cerebro por el órgano del alma, sino porque le considero como un conjunto de órganos, siquiera en eso esté con Gall, lejos de pertenecer á la historia mi doctrina, se siente palpar viva y lozana en la reciente adquisición de la ley fisiológica, que quiere, por un lado que cada función tenga su órgano propio, y por otro que ningún órgano desempeñe más de una función fundamentalmente diferente. La anatomía del cerebro, cada vez más estudiada, antes confirma que contraria la multiplicidad de los órganos cerebrales.

Si es porque niego las fuerzas vitales, porque aplico á la fisiología la física y la química, tampoco está juzgada mi doctrina como Vd. lo supone tan sin fundamento, tampoco pertenece á la historia como lo ha estampado Vd., tal vez con demasiada ligereza.

Los Berzelius, los Liebig, los Mialhe, los Lheman, los Robin y tantos otros, á cuyos importantes y asiduos trabajos debe la fisiología química tantos y tan luminosos descubrimientos, son nuestros contemporáneos, no son *quemiátricos* de los tiempos de Silvio de la Boe, ni *físicos* á la manera de Borelli, Baglivio y Boherave. El movimiento reformador que aquellos han dado á las ciencias médicas es ulterior á todo, es de actualidad. La innumerable copia de sus datos fehacientes, es una mar que sube y que amenaza sumergir muy pronto la ciencia de la vida en ese océano nuevo.

Yo no acabaría nunca, si fuese buscando en qué consiste esa causa, que según Vd., está juzgada, y que pertenece á la historia, lastimándose de que yo no me haya penetrado de ello. Determinela Vd. más, de un modo claro y terminante, y yo contestaré lo que hubiere lugar y procediere con más arreglo á derecho.

Solo me resta para concluir esta ya demasiado extensa carta, hacerme cargo de las últimas palabras de su introducción de Vd., á la análisis de mi obra.

Dice Vd. que es preciso tomar de más cerca la filosofía para impulsarla por la senda del progreso.

¿Qué quiere Vd. decir con esa frase? ¿Pretenderá Vd. que mi filosofía viene de alguna escuela anterior á las reinantes? ¿Se dejará Vd. llevar del vulgar desenfado con que algunos han supuesto calcada mi doctrina sobre la de Locke y Condillac ó la de los enciclopedistas; tan solo porque combato el *yoísmo* alemán, el cual no viene á ser al fin más que el cartesianismo resucitado y vestido á la escolástica?

¿Cree Vd. que la filosofía alemana, la hueca y ampulosa filosofía del *yo* es el *dernier mot* de la ciencia, la que está más cerca, la que ocupa la meta del templo de Minerva, y que yo la he desconocido al publicar mi libro?

He visto lo que dicen de la *razón* los alemanes, y en especial al que, tanto sobre la *razón* ha escrito, y he podido persuadirme á que no conocen (*c'est le mot*) lo que es la razón, ni el verdadero mecanismo psíquico, como lo he probado hasta la saciedad en mi obra y como se lo probaré á Vd. si Vd. lo quiere.

Para impulsar la filosofía por la senda del progreso, no hay que tomarla ni de cerca ni de lejos; hay que tomarla de una

base segura y verdadera; este es el punto más cercano. No se progresa siempre marchando con los últimos sistemas; muy á menudo se retrograda. Volver como lo han hecho los alemanes al platonismo, es en mi concepto un verdadero retroceso.

Si mira Vd. mi doctrina bajo el aspecto cronológico, está más cerca que todas las demás, puesto que las lecciones que nos ocupan fueron dadas en 1856 y mi obra se ha publicado en 1858.

Si la mira Vd. bajo el aspecto lógico, está más cerca de la verdad, porque he levantado mi edificio sobre sólidos cimientos; los hechos en que me apoyo son irrecusables y los principios á que desde aquellos me he elevado, están legítimamente deducidos.

No solo no pertenece á lo pasado mi filosofía, sino que ni es aun de lo presente, es más bien del porvenir. Si ambos vivimos, á fines de este siglo veremos quién es el rezagado, si Vd. y los filósofos á quienes sigue, ó yo y los que participan de mis ideas.

Vuelva Vd. á leer mi última lección; vea Vd. qué debe la sociedad á la filosofía que yo proclamo, y lo que debe á la de mis adversarios, y entonces verá Vd. también cuál es la que impulsa más hácia el progreso.

Basta por hoy, mi querido Dr. Nieto. La carta se ha hecho demasiado larga ya, y eso que no he salido de la introducción que ha puesto Vd. al bosquejo de mi obra. En otras, me iré haciendo cargo de todo lo demás.

Reciba Vd. entre tanto mis respetos y toda mi consideración.

El Dr. Mata.

PRENSA MEDICA.

TERAPÉUTICA.

Fiebre intermitente.—Poción lodada.

Háse propuesto el uso de la tintura de iodo como tratamiento de las fiebres intermitentes. Habiendo tenido el Sr. BARILLEAU ocasión de ensayar esta medicación, ha visto desaparecer la enfermedad en treinta y siete casos, de cuarenta que ha tratado. La fórmula empleada es la siguiente:

Infusión de manzanilla. . . 400 gramos (unas 3 onzas).
Tintura de iodo. 30 gotas.

Mézclese: para tomar en tres veces.

Se continúa durante muchos días seguidos con el uso de esta poción.

Coriza crónica.

Ha observado el Sr. MONNET, desde hace ya mucho tiempo, que contra esta enfermedad en el estado agudo podía recurrirse con ventaja á la acción tónica del subnitrito de bismuto; y los redactores de la *Revue de thérapeutique* dicen que han tenido ocasión muchas veces de emplear con buen resultado en sus enfermos este medio. Cuando el coriza pasa al estado crónico, no siempre cede á la sal de bismuto empleada sola. En estos casos el Dr. SORBIER dice, que le ha dado buenos resultados la adición del ioduro de azufre. Hé aquí su fórmula:

Subnitrito de bismuto. . . . 4 gramos (1 dracma).
Polvos de regaliz. 8 — (2 dracmas).
Ioduro de azufre. 30 centigramos (6 granos).

El autor prescribe de diez á doce tomas de esta fórmula durante el día, según los efectos obtenidos.

Pomada epispástica de aceite de croton; por el Sr. D. A. Van Bantelaer.

El Sr. BOUCHARDET manifiesta en uno de sus anuarios, sus deseos de que se procure aplicar el aceite de croton para sostener los vejigatorios. Hé aquí una fórmula ensayada con buen resultado en un hospital militar:

Manteca fresca. 22 gramos.
Cera blanca. 2 —
Aceite de croton. 6 —

Fúndase la cera con la manteca á un calor suave. Tritúrese la mezcla en un mortero caliente, hasta que todo se enfrie, y entonces mézclese íntimamente el aceite de croton.

Esta pomada, más escitante que la de torbisco, se halla muy indicada siempre que se teme la acción de las cántidas sobre las vías urinarias.

Mistura calmante; por el Sr. Balloy.

Acetato de morfina. . . . 4 decigramos (2 granos).
Acido acético. 2 gotas.
Agua de Colonia. 8 gramos (2 dracmas).

En las neuralgias dentarias póngase un tapon de algodón en rama empapado en este líquido, en el oído correspondiente á la parte enferma. Según el autor, el dolor se va como por encanto.

CIRUJIA.

Pus: su reabsorción espontánea.

El Sr. CHASSAIGNAC, cirujano del hospital Lariboissier, declara no haber visto jamás abscesos agudos que se hayan reabsorbido ni en vía de reabsorción; dice más, y es que á todo cirujano que en presencia de una supuración de tipo agudo se ocupase en hacer reabsorber el absceso, en vez de abrirle lo más pronto posible, se le debería considerar con razón como que obraba de una manera poco racional. A los abscesos crónicos pues, á aquellos que envuelve una membrana cística cuyas propiedades aisladoras son conocidas, es á los que debería concederse esa curiosa propiedad de efectuar la reabsorción en sustancia, del pus que en ellos se contiene. El autor cree, pues, que el pus no se reabsorbe.

Y sin embargo, como dice la *Revue de thérapeutique*, de donde tomamos estas líneas, el mismo Sr. CHASSAIGNAC refiere observaciones recojidas por hombres dignos de crédito.

En 1793 ABERNETHY publicó una memoria sobre los abscesos lumbares, en la cual cita dos casos de curación por absorción, observados, uno en una joven de 14 años, y otro en un hombre de mas de 30. El cirujano inglés dice haber visto muchos abscesos semejantes.

En 1817 LARREY publicó dos observaciones de abscesos que ocupaban la región dorsal y que se curaron por reabsorción. Uno de los sujetos era una señorita de 23 años y el otro un soldado de 23.

DUPUYTREN ha referido igualmente en sus lecciones clínicas la historia de un joven comerciante, que padecía un absceso por congestión. Habiendo muerto de neumonía este enfermo, muchos años después de haber sido asistido por el célebre cirujano, se encontró en la autopsia la lesión vertebral curada, y el absceso completamente disipado, conteniendo únicamente, en vez de pus, en algunos puntos, una materia crasa, consistente, sebosa.

El Sr. NELATON ha referido un caso de curación análogo, cuyo sujeto vive todavía y que está igualmente sacado de la práctica del cirujano del Hôtel-Dieu.

En publicaciones más recientes se refieren algunos hechos de reabsorción de abscesos por congestión, tales como las de los Sres. CLARIAT y MORPURGO, DE HOURMANN, FORGET, VILMOT, F. MARTIN, ARAN y J. GUERIN.

Por último, el Sr. BOUVIER ha publicado en los *Archives de médecine* (enero de 1857) un trabajo en el que trata de establecer:

1.º Que la desaparición por reabsorción de los abscesos sintomáticos del mal vertebral, es un modo de curación mucho más frecuente de lo que comunmente se cree.

2.º Que el mismo resultado puede obtenerse á beneficio de medicaciones, que constituyen entonces el método curativo por absorción.

3.º Que este método, que consiste en activar la absorción del pus, debe volver á ocupar en la práctica el rango que le asigna su superioridad sobre los demás métodos.

El Sr. CHASSAIGNAC no admite estos hechos como demostrados. Cree que el pus que forma los abscesos no puede reabsorberse, dando de ello pruebas fisiológicas y prácticas, y termina diciendo: «En suma, el glóbulo de pus es un cuerpo, que por una parte no puede ser absorbido en el estado sólido, y que, por otra parte, admitiendo que la parte líquida del pus sea reabsorbida, resiste mucho á la disolución. Pus conservado durante más de un mes en un vaso, presenta todavía, examinado al microscopio, sus glóbulos característicos.»

—En vista de tales aserciones en pró y en contra de un hecho tan importante en terapéutica, pronunciadas por autores y prácticos igualmente respetables, el ánimo no sabe á qué inclinarse quedando en una duda fatal. Sin embargo, concediendo al Sr. CHASSAIGNAC toda la importancia que, como observador y práctico, realmente tiene, por nuestra parte nos inclinamos, en virtud de lo que nosotros mismos hemos tenido ocasión de observar, á admitir la reabsorción del pus, ínterin la cuestión no se decida en contra con nuevos hechos y observaciones bien practicadas.

PATOLOGIA INTERNA.

Albuminuria en el croup y en las afecciones membranosas ó diftericas.

Los Sres. BOUCHUT y G. EMPIS han remitido á la Academia de Ciencias de París la siguiente carta, que lleva por título: *Resumen de una memoria sobre la albuminuria en el croup y en las afecciones membranosas.*

«Tenemos la honra de dar conocimiento á la Academia de un nuevo fenómeno del croup y de las afecciones membranosas, relacionado íntimamente con las indagaciones ya comenzadas por uno de nosotros.

Trátase de la albuminuria en cierto número de niños confiados á nuestros cuidados. Este fenómeno, entrevisto por algunos médicos, pero no descrito, no existe en todos los casos de angina membranosa, y nosotros solo le hemos observado once veces en 15 enfermos. Puede depender de causas diferentes. Sábese, en efecto, que pueden preceder ó seguir erupciones escarlatinosas á las anginas malignas, ulcerosas, gangrenosas, y el croup pertenece á la categoría de las enfermedades descritas en observaciones antiguas que remontan á la época de la *úlcerá siriaca*, tan bien pintada por ARETEO. En estos casos la albuminuria puede referirse á la escarlatina.

En otros niños afectados de croup asfético con cianosis y éstasis sanguínea general, hay como en todos los estados morbosos acompañados de hiperemia general, tales como la tos convulsiva, el cólera, afecciones del corazón, etc., una congestión renal que puede dar lugar á la albuminuria. En este caso la albuminuria es un síntoma de una simple congestión renal.

Cuando, sin embargo, la albuminuria sin asfixia en la escarlatina, coincide con una angina membranosa, ulcerosa, croup ó ulceraciones diftericas de la piel, el fenómeno depende de una causa especial y revela el primer grado de infección de los humores por la absorción de un producto purulento especial, que envenena á los pacientes y los hace morir de una manera imprevista. Es una infección difterica semejante á la infección llamada *purulenta*.

En estas dos infecciones se encuentra en el cadáver: 1.º alteración de color particular de la sangre; 2.º núcleos de apoplejía pulmonal, como los que preceden al desenvolvimiento de los abscesos metastásicos, equimosis de púrpura sobre la piel, en las serosas y en las vísceras.»

Hé aquí las conclusiones de esta carta:

1.º La albuminuria se observa en las dos terceras partes de los casos de las enfermedades membranosas, tales como la angina de este nombre, la angina ulcerosa, el croup y la difteritis cutánea;

2.º Esta albuminuria es algunas veces dependiente de la congestión renal producida por la asfixia;

3.º Resulta de una escarlatina intercurrente;

4.º Sin asfixia ni escarlatina, la albuminuria en una afección membranosa es señal de un principio de infección difterica;

5.º Este fenómeno coincide con una gravedad muy grande de la enfermedad;

6.º Su desaparición anuncia una pronta curación y constituye un signo pronóstico de los mas favorables.

FISIOLOGIA.

Transfusión de la sangre.

Observamos con satisfacción que de algun tiempo á esta parte se recurre á la transfusión de la sangre, que tanto ruido metió en otra época y que habia caído en un lastimoso abandono.

Segun vemos en un periódico extranjero, en 1857, el Sr. WHEATCROFT practicó dos veces con feliz resultado dicha operación en los casos siguientes:

Observación 1.ª Una mujer fué acometida, después del parto, de una metrorragia tan considerable, que conociendo que se moría, se despidió de su marido recomendándole sus hijos.

Injectáronsele, con un aparato conveniente, 17 onzas de sangre estraida á su marido. El pulso se hizo perceptible, los labios adquirieron color; la enferma se encontró mejor inmediatamente, y luego se restableció.

Observación 2.ª Una mujer de 32 años fué acometida súbitamente de un flujo de sangre considerable por la vagina, en términos de recogerse de unas 2 á 3 libras de coágulos, cayendo al punto en un profundo estado de debilidad.

El cirujano practicó el taponamiento; la enferma se hallaba en el tercer mes del embarazo. Al cabo de algunas horas fué acometida de vivos dolores espulsivos; el aparato de taponamiento se descompuso y se reprodujo una formidable hemorragia. La enferma se quedó fría y blanca como la nieve; su pulso era imperceptible, presentaba ansiedad de la respiración, cara arrugada, vista turbia y ojos hundidos; hallábase poseída de un profundo terror.

Volvióse á practicar el taponamiento y se la inyectaron como unas 2 libras de sangre de su marido; el cambio en ella producido fué instantáneo; volvió el color á los labios y el brillo á los ojos; el pulso se hizo perceptible. Por último, se pudo quitar el tapon sin que escapase una gota de sangre; el aborto no se verificó.

SIFILOGRAFIA.

Sífilis: su tratamiento entre los Kabylas.

En la *Gazette médicale de l'Algerie*, ha publicado el Sr. LECLERC la siguiente fórmula usada entre los Kabylas para combatir la sífilis:

Zaoug (mercurio). 15 gramos (media onza).
Toutya (sulfato de cobre). . . 4 — (1 dracma).
Zenalar (acetato de cobre). . . 4 — (id. id.).
Chnadeur (sal amoníaco). . . 6 — (dracma y media).

Tritúrense separadamente las sustancias sólidas; mézclense en una vasija nueva ó bien limpia con agua de corteza de noguera. Añádase el mercurio; agítense de nuevo y redúzcase á pasta. Divídase en seis partes y háganse otras tantas pastillas, que se dejan secar. Cada una de estas pastillas servirá para una fumigación.

El tratamiento durará tres días, y en cada uno se practicará una fumigación mañana y tarde; al efecto se llena de carbon una marmita, se parte en dos pedazos la pastilla y se echa sobre los carbones. El enfermo se pone en cuclillas encima de la marmita teniendo cuidado de cubrirse perfectamente con su albornoz, con la boca cerrada, y las narices y los oídos tapados con lana. El médico ó un ayudante concurren á garantizar la cara del enfermo contra los vapores. La fumigación dura como un cuarto de hora. Durante los tres días de tratamiento, el enfermo no debe comer cosas saladas, ni aceite, higos ni carnes, excepto la de carnero, y pan sin sal. No sale de casa, se libra del frío, bebe agua caliente y come zarzaparrilla.

—Sería curioso saber de cuándo data esta práctica en el país, y de quién la han tomado sus naturales, si es que no ha tenido origen allí mismo.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

PARTE OFICIAL.

DIRECCION GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Negociado 2.º

Excmo. Sr.: Para llevar á efecto lo dispuesto en la real orden relativa á la simultaneidad del Doctorado con las materias pertenecientes al sétimo año de Medicina, y á fin de que los alumnos de las restantes Universidades que opten á dicha gracia puedan trasladarse oportunamente á esta Corte, esta Dirección general ha dispuesto quede abierta la matrícula en esta Universidad con tal objeto hasta el 20 del presente mes.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de enero de 1859.—El Director general, Eugenio Moreno Lopez.—Sr. Rector de la Universidad Central.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

11 de diciembre de 1858. Traslado á continuar sus servicios al segundo batallón del regimiento de Ingenieros á D. Pedro Requens y Manovens.
Id. id. Id. al regimiento de caballería de Sagunto á D. Juan Galán y Morales.

13 id. Negando al subinspector médico jubilado de primera clase D. Anastasio Chinchilla y Piqueras, el que se anule su jubilación restituyéndole su destino por no haber mérito alguno para ello, y concediéndole la traslación de la indicada jubilación a esta corte.

18 id. Nombrando jefe de Sanidad de la capitania general de Castilla la Nueva al subinspector de primera clase D. Antonio Codorniu y Nieto.

Id. id. Concediendo relief y abono de sueldos al primer ayudante médico supernumerario, segundo efectivo, D. Bruno Vidart y Guillon.

Id. id. Id. cuatro meses de real licencia al segundo ayudante médico D. Juan Jacinto Rodríguez Sanz, con objeto de restablecer su salud en esta corte.

28 id. Organizando el servicio del personal de Sanidad militar de la isla de Cuba en los términos prescritos en la ley de 21 de noviembre de 1853, designándose del personal del cuerpo las clases siguientes: 1 subinspector de primera clase, 1 subinspector de segunda clase, 3 médicos mayores, 34 primeros médicos, 13 primeros ayudantes, 19 segundos y 18 médicos de entrada: 1 farmacéutico mayor, 1 primer farmacéutico, 3 primeros ayudantes y 13 segundos.

29 id. Aprobando la clasificación de los médicos de los hospitales de la Isla de Cuba, procedentes de nombramiento de la Dirección de Ultramar, D. José Benjumeda, D. Francisco Bertran y D. Tomás Pintado; primeros médicos.—D. Juan Francisco Valdés, D. Ricardo Bucero, D. Camilo Vázquez Rodríguez, D. Manuel Grau, D. Juan García Zamora y D. Ricardo Villalva; primeros ayudantes.—D. José Fernández Celis, D. Luis Giron, D. José María Aguilera, D. José Larralde, D. Domingo Vázquez, D. Juan Tomás Roy, D. Manuel Rodríguez, D. Antonio Moya y D. Agustín Valdés y Sánchez; segundos ayudantes.—Y médicos de entrada, D. Pedro Joaquín Chaple, D. Esteban Centeno, D. Matías Rodríguez Hernández, D. Francisco de Paula Manzano, D. Miguel Baez y Grós y D. Francisco Navarro y Serrado.

3 enero 1859. Promoviendo al empleo de médico mayor, jefe local facultativo del hospital militar de Santa Cruz de Tenerife, al primer médico del de Tortosa D. Juan Faura y Canals.

Id. id. Trasladando al hospital militar de Tortosa al primer médico del de Gerona D. Andrés Girona y Vallverdú.

Id. id. Promoviendo al empleo de primer médico, con destino al hospital militar de Gerona, al primer ayudante destinado en la segunda brigada del primer regimiento de Artillería D. Miguel Mitjanas.

Id. id. Trasladando a la segunda brigada del primer regimiento de Artillería, al primer ayudante médico de la segunda brigada del segundo regimiento de Artillería D. Tomás Soler y Gabarrel.

Id. id. Destinando al regimiento caballería de Montesa al primer ayudante médico del primer batallón del regimiento infantería de Murcia D. Antonio Sotorras y Bosch.

Id. id. Promoviendo al empleo de primer ayudante médico, con destino al primer batallón del regimiento infantería de Murcia, al segundo ayudante D. Antonio Ramon Almodovar y Martínez, que sirve en el batallón cazadores de Vergara.

Id. id. Trasladando al segundo batallón del regimiento infantería del Príncipe al segundo ayudante médico del segundo de Saboya D. Francisco Lopez Salazar.

CUERPO DE SANIDAD DE LA ARMADA.

Diciembre 17. Concediendo la habilitación al segundo médico D. Juan Rocamora y Plana.

Id. id. Mandando cesar en el cargo de inspector de medicina del departamento de Cádiz al farmacéutico particular que la desempeñaba, y disponiendo se cumpla desde luego lo dispuesto en real orden de 21 de octubre último, dando posesión del referido cargo al oficial farmacéutico del hospital militar de Cádiz.

Id. 22. Disponiendo se aumente con dos primeros médicos la dotación de profesores destinados a las salas de marina del hospital militar de la Habana.

Id. 24. Disponiendo entre en número el primer médico supernumerario D. Juan Jorge de los Ríos, para cubrir la vacante que resulta por el fallecimiento de D. Antonio Liaño.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARIA GENERAL.

Verificadas por las Juntas generales de distrito las elecciones de los cargos para las respectivas delegadas, con arreglo a lo prevenido en el art. 16 del Capítulo adicional de los Estatutos, y en cumplimiento de la circular de la directiva de 8 de diciembre último, según consta de las comunicaciones recibidas en esta Secretaría general, han quedado constituidas del modo que a continuación se expresa:

Madrid.....	Presidente.	D. Serapio Escolar, médico.
	Secretario.	D. Pablo Leon y Luque, médico.
	Tesorero.	D. Nicolás Moreno, farmacéutico.
	Contador.	D. José Lorenzo Fernández, cirujano.
Valencia..	Vocales....	D. Francisco Santana, médico.
		D. Ignacio Suarez, abogado.
	Presidente.	D. Joaquín Casañ, médico.
	Secretario.	D. Francisco de Paula Alafont, médico.
Valladolid.	Tesorero.	D. Ramon Lloret, médico.
	Contador.	D. Francisco Badia, médico.
	Presidente.	D. Carlos Quijano, médico.
	Secretario.	D. Mariano Zapata, médico.
	Tesorero.	D. Antonio Villar y Macías, farmacéutico.
	Contador.	D. Máximo Ruiz, médico.

Zaragoza..	Presidente.	D. Diego Lanuza, médico.
	Secretario.	D. Juan Beguer, médico.
	Tesorero.	D. Félix Castañer, farmacéutico.
	Contador.	D. Antonio Gonzalo, cirujano.
	Vocales....	D. Cristóbal Boyra, médico.
		D. Luis Cenada, cirujano.

Y atendiendo la Junta directiva á que, en Santander, Barcelona y Granada, no existe en la actualidad suficiente número de socios para la renovación de los cargos, ha tenido á bien acordar que continúen los que en ellos habia nombrados, hasta que pueda tener efecto la elección, quedando del modo que estaban, en la siguiente forma:

Barcelona..	Presidente.	D. Antolin Juan y Juan, médico.
	Secretario.	D. Francisco Just y Lloreda, médico.
	Tesorero.	D. José Martí y Artigas, farmacéutico.
	Contador.	D. Pedro Basagaña, farmacéutico.
Granada....	Presidente.	D. Juan José Creus, médico.
	Secretario.	D. Eduardo García Duarte, médico.
	Tesorero.	D. José Lledó, médico.
	Contador.	D. Santiago López Argueta, médico.
Santander.	Presidente.	D. Antonio Verástegui, médico.
	Secretario.	D. José Ferrer y Garcés, médico.
	Tesorero.	D. Juan Mons, médico.
	Contador.	D. José María Fernández, médico.

Madrid 7 de enero de 1859.—V.º B.º—El Presidente, Tomás Santero.—El secretario general, Luis Colodron.

ANUNCIO DE ADMISION.

En sesión celebrada por la Junta directiva en el día de ayer, ha sido admitido socio del MONTE-PIO FACULTATIVO don Alejandro Ortiz y Lator, médico residente en Mendigorria, provincia de Navarra, por 8 acciones de 3.ª clase.

Madrid 8 de enero de 1859.—El secretario general, Luis Colodron.

COLEGIO DE FARMACÉUTICOS DE MADRID.

En la junta celebrada por esta corporación el día 22 del actual fueron presentadas las cuentas, presupuestos y memoria general correspondientes á fin de año, según Estatutos, y que serán discutidos en la próxima sesión extraordinaria del 31, conforme se avisará en la convocatoria oportuna, informados que sean los documentos respectivos por la sección económica.

El señor presidente D. Nemesio Lallana manifestó que, como vocal de la Junta de aranceles del reino, pidió á su tiempo, en cumplimiento de su deber é interpretando los deseos del Colegio, que desapareciendo las partidas de productos farmacéuticos, cuya introducción estaba separada del avalúo general consignado á los permitidos por los reglamentos sanitarios, y como precisamente eran solo las píldoras de Franck, Morisson y Holloway las que se hallaban en este caso, dando á entender, tal vez, que eran preparados consentidos por la legislación farmacéutica, lo cual ha motivado polémicas con las autoridades; el gobierno conoció al fin la justicia de la demanda, y ordenó que no hubiera en los aranceles sucesivos más partida que la única para la introducción de los productos reconocidos y declarados como legales para su avalúo. Así se hizo, en efecto, y acaban de publicarse los que han de regir desde 1.º de enero próximo, con la supresión acordada de las demás partidas; por lo que, en adelante, además de poderse denunciar la venta de los remedios secretos como delito sanitario, se debe perseguir también como delito de contrabando, pues ha desaparecido la excusa, infundada por cierto, de que al permitir el gobierno una introducción consentida en la venta ilegal; pretexto que si bien es nulo, por cuanto la propiedad de una cosa no legaliza el tráfico prohibido de ella, es conveniente que no exista, para impedir las evasivas de los infractores y las dudas de las autoridades que hasta suspendieron sus fallos por esta causa. El Colegio agradeció desde luego al señor Lallana sus esfuerzos para conseguir este resultado, y á fin de que los profesores de farmacia estén advertidos de ello, se les avisa con objeto también de que les sirva de gobierno en los casos que les ocurran de intervenir como subdelegados en el juicio de las denuncias, pues la ley de Sanidad marca terminantemente las diligencias que deben practicarse para salir los medicamentos de la esfera de remedios secretos, y todo el que no manifieste testimonio de autoridad española competente para declarar públicas y legítimas las fórmulas de los preparados que no se hallen en el código oficial, comete infracción manifiesta; siendo doble el delito, cuando además recae en intrusos ó en establecimiento de individuos que no son profesores de farmacia y adoptan el tráfico de dichos remedios, sea al por mayor, sea al por menor.

El Colegio acepta también con agrado el catálogo de plantas del partido de Figueras, remitido por el correspondiente D. Francisco Ferrer, que ha desempeñado su encargo del modo más satisfactorio; y otro de la provincia de Zaragoza, remitido por D. José y D. Cayetano Ubeda, en unión con D. Manuel Pardo y Bartolini.

Madrid 23 de diciembre de 1858.—El secretario, German Martínez.

VARIEDADES.

ACLIMATACION.

Apelemos más latamente á la razón y al buen sentido, antes de esgrimir las armas de la autoridad y la estadística.—Nosotros.

Un periódico médico de esta Corte, á quien ya hemos aludido en otros números, ha acometido la titánica empresa de hacer llegar su voz á la elevada esfera del Go-

bierno, proponiendo una medida de higiene pública, tan atrevida como infundada. Tratamos de la aclimatación preparatoria de nuestros soldados en Canarias, antes de pasar á las Antillas.

Los principios de esta especie de polémica, que más parece por su parte *disputa*, pueden verse en varios números de ese periódico, y en los 238 y 260 del nuestro, en los cuales emitimos nuestra opinión muy brevemente, abordando el asunto por su punto capital con sencillez y sin copia de datos, pues que esta la creíamos escusada y un tanto ofensiva para los buenos conocimientos que poseen nuestros lectores. No es para enseñar á estos el presente artículo, sino para advertir al periódico higienista, que hay mucho que leer y meditar antes de atreverse á proponer al Gobierno medidas de tal naturaleza.

Debiendo economizar lo posible las columnas de nuestro periódico, para muchos trabajos que esperan su vez con probabilidades de más provecho, permitásenos abreviar, condenando al silencio la multitud de asuntillos que no son del caso, sino es para desviar la cuestión de su verdadero y primitivo objeto, diluyendo la amargura de lo impremeditado é infundado en un mar de teorías y estériles escaramuzas.

En el último artículo que tal periódico consagra á dicha materia, quiere resumirla en los dos principios ó fórmulas siguientes, que considera como fundamentales:

1.º «¿Es ó no útil para la salud de los soldados españoles destinados á las Antillas, el permanecer durante algún tiempo, un año á lo menos, en un clima más cálido que el de la Península y menos que el de aquellas?»

2.º «Admitido este principio (1), ¿podrían servir las islas Canarias para depósito de nuestros soldados destinados á América?»

«Si es ó no útil para la salud de los soldados españoles lo que se propone en el primer extremo, solamente podía demostrarlo la experiencia; porque no puede pasar á la índole de verdad filosófica por los auxilios, siempre de dudosa certidumbre, emanados de las teorías, ó de observaciones hechas en otras razas y en otros climas. Esta debía ser una verdad experimental, comprobada en nuestra raza y en los climas de nuestras posesiones, porque se pretende que sea base de disposiciones graves del Gobierno. El término de «un año á lo menos» de permanencia en este clima preparatorio, es tan arbitrario como lo que más pueda serlo; pues aunque conocemos que lo que se pretende en tal época, es que el hombre sufra todas las estaciones de aquel clima, no se repara aquí, que el ejército de nuestra Península, procedente como lo es, de provincias de tan diferentes condiciones climáticas, es una entidad muy heterogénea, y que por lo tanto, muchos, no sabemos cuántos, quedarían sin aclimatar ó perderían el tiempo inútilmente.

No es posible, pues, admitir ese principio en que se funda el segundo, el cual, sin embargo, vamos á analizar.

«¿Podrían servir las islas Canarias para depósito de nuestros soldados?» ¡Vaya si podrían! Pero el caso es investigar si *deberían*; y para esto era preciso previamente resolver varios problemas de mucho interés, sin embargo de que, según el juicio de aquel cofrade, «no es posible imaginar nada más claro é incontrovertible» y de que en el último artículo se ha visto obligado «á estudiar la cuestión con más profundidad que hasta aquí,» lo cual encierra la confesión palmaria de que antes no la había meditado mucho: esto no era menester que lo jurara.

Repetimos aquí lo dicho anteriormente, á saber: que el hecho de servir las islas Canarias de escala preparatoria de aclimatación, sería una verdad experimental, única en que el Gobierno debe fundarse para este negocio, si ya se hubiesen hecho algunas experiencias que acreditasen aquella conveniencia: no se resuelve este punto por la analogía de lo que sucede en otros países, con otros hombres, dado caso (que no se dá) de ser cierto que las determinaciones de otros gobiernos, tengan por único objeto este de higiene pública que nos ocupa, ó bien, aunque le tengan, sea positivo que lo consiguieren, lo cual tampoco lo es.

Solamente con estas ideas basta para dejar sentado, que no hay bastante razón en tales principios, para que sirvan de base á una determinación del Gobierno.

Pero veamos si en las teorías y experiencias recojidas, no con el objeto de ilustrar este asunto, sino por incidencia en los estudios que se han hecho de las enfermedades de nuestras Antillas, encontramos alguna luz que apoye ó refute semejantes proposiciones; y pronto nos convenceremos, no lo dude ese periódico (porque así lo aseguran varios de los honrados profesores prácticos en aquel país), que los naturales de Canarias, cuando pasan á establecerse en las Antillas, sufren las enfermedades de aquel clima en proporción equivalente á los demás españoles. Aquí se nos pedirán los datos estadísticos; pero estos no se han publicado todavía hasta el presente, de modo que comprendan y especifiquen este punto, ó al menos no han llegado á nuestro conocimiento; solo si el dictamen de respetables profesores que han tenido en aquel país una vasta clientela, y nos aseguran haber observado lo referido, lo cual debe por ahora bastarnos á nosotros y al periódico á que aludimos. Y ¿cómo no habia de ser así, cuando la experiencia acredita, que ni aun los americanos mismos, habitantes de comarcas y localidades más sanas, al pasar á las que no lo son tanto, sufren gravemente la influencia morbosa climática especial de las costas y tierras bajas del Nuevo Mundo? ¿Por qué los franceses que cultivan el café, principalmente en algunos puntos altos del departamento oriental de la isla de Cuba, no quieren que sus hijos bajen á las poblaciones, princi-

(1) Pues es una friolera lo que quiere este señor que admitamos.

palmente del litoral, sino solamente las horas bastantes para embarcarse y pasar a Francia, lo cual hacen a los 14 ó 15 años de una vida puramente campestre, con el fin de recibir la educación nacional que les parece conveniente? ¿Por qué los habitantes de las tierras altas de Méjico dejan sus mercancías en cierto punto del camino que baja a Veracruz, y desde allí las toman los verdaderamente aclimatados y las conducen a este último punto? Es porque la mortandad, aun para los mismos americanos, suele ser tan desastrosa como para algunos europeos, al trasladarse de ciertos puntos a otros. La fiebre amarilla, ese azote horroroso de la humanidad, no respeta a los europeos, lo decimos muy convencidos, preguntándoles tanto de dónde vienen, como qué temperamento tienen; y sobre lo que acerca de este punto se ha escrito hay todavía mucho que hablar.

Se nos objetará que la raza es en cierto modo un temperamento genérico, colectivo, que abarca con rasgos semejantes gran número de individuos, constituyendo las variedades de la especie humana; y como estos rasgos genéricos son probabilismente efectos del clima incoados en la naturaleza íntima del hombre, claro está que indirectamente la región de que sean naturales ó de la que hayan adquirido naturalización, será la que preste mayores ó menores inminencias para sufrir grave, suavemente, ó no sufrir las influencias de climas extraños. ¡Grave error, que da lugar en los infinitos trabajos que hay sobre la materia, a la más lamentable confusión, y a las apreciaciones más contrarias entre sí y con la experiencia misma! Dentro de cada raza de hombres existe igual diversidad de temperamentos y complexiones: debajo de la piel negra del *cafre*, de la aceitunada del *malayo*, de la amarilla del *americano*, y de la blanca de mil géneros de blancura del *europeo*, vé el observador sagaz las preponderancias nerviosa, sanguínea, linfática, etc.; las complexiones ricas, húmedas ó secas; las constituciones robustas, débiles y enfermizas.

No obstante, por encima de estos temperamentos y complexiones existe para cada raza verdaderamente típica, una base climática, conseguida por la influencia de centenares de siglos sobre miles de generaciones, la cual hace que los temperamentos nervioso, sanguíneo ó linfático, las constituciones y complexiones en la raza negra, por ejemplo, no sean tan nerviosas, sanguíneas ó linfáticas; tan ricas, húmedas ó secas; tan débiles y enfermizas, como en la raza blanca, aceitunada ó amarilla. La raza española, que se diferencia de las demás europeas en ciertas notas características que están por encima de las categorías de temperamentos y complexiones, y cuyos individuos son bajo el mismo aspecto diferentes entre sí, muy singularmente según las provincias de que proceden, cuyos caracteres la ponen fuera de toda razonable comparación con lo que en punto de aclimatación ocurre con las demás de Europa; tiene, como todas las de esta gran región geográfica, un tipo climático que, haciéndola análoga, más ó menos, con los habitantes de toda ella, la diferencia, como a todos estos, de las otras razas típicas, que se distinguen por sus caracteres íntimos climatológicos, manifestando ciertamente menor propensión a experimentar las perniciosas influencias del clima americano a que nos referimos: tales son los *negros* procedentes de *Africa*, y los *chinos* de los climas cálidos del *Asia*, que son los que con mayor frecuencia residen en nuestras Antillas.

Por manera, que excepto estos, que parecen tolerar bien semejante aclimatación, por el rasgo típico climático originario, los demás, europeos, la sufren todos más ó menos, con molestias y peligros; y este más ó menos, en el que puede desempeñar algún papel el tipo diferente, según las diversas regiones de Europa, queda, a nuestro entender, para la importancia de la aclimatación, muy por debajo de la que tienen los temperamentos; lo cual se vé palpable y muy experimentalmente en nuestros españoles, los que padecen más ó menos según estas notas y las relativas a la complexión y constitución, que con relación a las provincias de donde proceden, lo cual asimismo algo influye.

De todo esto se infiere, que para elevar a los soldados españoles al grado de inmunidad máximo, por razón de raza, que es el que se disfruta en *Africa* y parte de *Asia*, sería rigurosa y lógicamente preciso hacerlos climáticamente *africanos* ó *asiáticos*. Díganos ahora ese periódico, si se determina a convertir a nuestros soldados en semejantes gentes por un año que permanezcan en *Canarias*: luego no es posible que por la permanencia en *Canarias* de nuestro ejército, no decimos un año, sino toda la vida, llegasen a conseguir el grado máximo de inmunidad. Pero se nos replicará que no se trata de eso; sino es de disminuir lo posible las probabilidades morbosas y de muerte de nuestros compatriotas, lo cual puede conseguirse, ya que no haciéndolos *chinos* ó *africanos*, haciéndolos *canarios*, *canarienses* ó *isleños*, como se los llama en *Cuba*.

¡Válanos Dios por canarios, si fuera esto lo que nos replicara ese periódico! Mire, hermano aconsejador: desde el siglo xv que esas islas fueron ocupadas por los españoles (los que las descubrieron nuevamente en el xiv), no se ha dado caso de que por tan larga permanencia en ellas, haya parido isleña alguna de origen español ningún *Guancho* (nombre de sus primitivos habitantes, cuya raza se perdió ya); y cuenta que aunque esto fuera, que no es, todavía el *Guancho* de las *Afortunadas* de los *Cartagineses* no es el *indio* de *Moteczuma* ó de *Atuey*, concretándonos a la isla de *Cuba*: ni las producciones de estas islas son lo mismo que las del mundo de *Colon*: ni su clima, cuya índole médica exacta no conoce ese periódico cuando dice lo que dice de él, siendo ciertísimo que tiene poblaciones calidísimas, de aquella calididad de calor tan diferente del americano, y otras, por

el contrario, de temperatura deliciosa, y otras muy frías, es lo mismo que el clima de nuestra *Cuba* y *Puerto-Rico*, el cual tampoco conoce ese periódico cuando escribe lo que escribe. Pero, en fin, dejemos estas menudencias y demos caso ¡qué asombro! que nuestros soldados en «un año por lo menos» se convirtieran en isleños, ni más ni menos que los de *Orotava* y *La Laguna* con su tez morena y enjuta, ingenio vivaracho y corta talla, etc., etc. Si los mismos *orotavos* y *lagunenses* hemos dicho y creemos, que sufren las enfermedades terribles de las Antillas, y principalmente la fiebre amarilla, ¿no es preciso estar sin juicio para asegurar que sería bueno aclimatar allí a nuestras tropas antes de que pasaran a América? Pero bueno: no diremos nosotros que fuera malo para la salud; pero si es malo aconsejar al Gobierno medidas costosas con infundadas razones; esto si es malo, es malísimo.

Pero, hé aquí... que hemos nombrado la fiebre amarilla guiados solamente por el instinto del buen sentido, como lo hicimos en nuestros números anteriores, y esto es salirse de la cuestión, y contestar con diatribas: ¿pues no faltaba más «que suponer que los consejos al Gobierno del tal periódico tenían por objeto el disminuir los estragos de la fiebre amarilla en nuestro ejército de América, siendo así que no ha hecho mención alguna de semejante enfermedad, ni aludido a ella de ninguna manera (1)»? ¿Pues no faltaba más que hubiese llamado la superior atención de aquel cofrade esa bicocha de la fiebre amarilla, teniendo tan presentes, «además del vómito negro (aquí se contradice con lo dicho seis líneas más arriba), las intermitentes perniciosas, la disenteria, la encefalitis, la hepatitis, la angina gangrenosa y otras varias afecciones graves?»

Al llegar a este punto debe nuestro cofrade dejarse colocar humildemente en medio de los dos términos del siguiente dilema, y luego escojer el camino que le parezca mejor: ó no arguye de buena fé en esta cuestión, afectando ignorar la verdadera importancia que tiene la fiebre amarilla comparada con las demás enfermedades, ya por su frecuencia, ya por la mortandad que ocasiona en nuestro ejército, lo cual sería un mal proceder; ó ignora realmente esa importancia, que reconocen y confiesan las personas más vulgares, toda vez que suele ser el único temor que detiene a muchas para viajar, y el que espanta a los pobres soldados que son obligados a ir allá, y el que obliga al Gobierno a sortear los oficiales y aun a veces a la tropa; en cuyo caso es palmaria su ignorancia en la materia, y el loco atrevimiento, por consiguiente, de sus oficiosos consejos. Mientras se decide por el camino que más llano encuentra, vamos a continuar el nuestro que ya es algo pesado.

Creámos, hermano carísimo: si vuestras aconsejadoras columnas encontraran un cajita que organizara las letras suficientes, para que se pudiese leer el modo seguro de eliminar la fiebre amarilla de nuestras Antillas, ó de disminuir al menos notablemente sus estragos, habría conseguido la más alta y escelsa corona que buenamente puede imaginarse, porque, sépalo si lo ignora, ó confíeselo si lo sabía: si ponemos en una balanza todas esas enfermedades que vuestras columnas refieren (dejemos aparte el si allá, por razón del clima, son más temibles en nuestras tropas que acá, donde también las conocemos más que era menester, etc., etc., porque entonces sería esto el cuento de nunca acabar), decimos: que si ponemos en el platillo de una balanza todas estas enfermedades juntas, aunque sea así, a ojo, sin discernimiento y a montón, como parece que en ese periódico se encuentran (porque no queremos que nos digan tacaños y escrupulosos), y en el otro platillo solamente la bicocha de la fiebre amarilla, pero monda y lironda, es decir, despojada de todas aquellas menudencias que se llaman fiebre de aclimatación ó *chape-tonada*, fiebre biliosa simple, inflamatoria ó angioténica, etc., que con estos y otros nombres se suelen bautizar por allá alguna vez varias enfermedades de los inmigrantes y que creemos firmismente (tenemos nuestras razones, que no podemos decir aquí, por lo indicado en otros paréntesis) que son fiebres amarillas, que por lo débilmente que atacan ó benignamente que se reciben, no llegan a negrear en las cámaras ni vómitos, ni a amarillizar en la piel: si dejamos, pues, sola en el otro platillo, como venimos diciendo, la fiebre amarilla, neta, pura, diáfana é incontrovertible, aun se inclina más, marcando su gravedad mortífera, este de la fiebre amarilla, y puede, por lo menos, equilibrar, en cuanto a las otras cualidades, al que contiene todo el recado de las enfermedades referidas (hablamos siempre en cuanto a nuestras tropas).

Pero hay más (y aquí nuestro cofrade, que se admiró y sorprendió sobremedera al leer algunos de nuestros párrafos anteriores, va a llegar a la estupefacción, porque verdaderamente estamos tratando para él de cosas del otro mundo): sepa el celoso aconsejador, que cuando los españoles consiguen escapar con vida y salud de la fiebre amarilla, fuera de las fiebres intermitentes, que más ó menos padecen y padecerán cuantas personas habitan en comarcas palúdicas, así en este como en el otro hemisferio, y de las demás enfermedades que en todas partes abundan, suelen disfrutar de una salud más perfecta que los mismos criollos; lo cual, aseverado por muchos prácticos de aquel país, es un hecho cierto, que mengua mucho, con relación a nuestros españoles, la importancia de todas esas enfermedades, fuera de la fiebre amarilla, que el tal periódico rehusaba citar y a nuestras plumas pecadoras se les ha salido sin poderlo remediar. Creámos ese periódico: no funde «sus opiniones en un principio más alto que los hechos» relativos a la propagación de la fiebre amarilla, porque esta enfermedad es la más importante para esta cues-

tion: descienda de esas alturas, baje el punto, hermano, y dará en la mitad del blanco.

Dicho ya, con lealtad y buena fé, lo que nos parece verdad en la verdadera cuestión de higiene pública, sin apelar, por ahora, a otra fuerza que a la del razonamiento, por creer que es la primera arma que debemos esgrimir; hacemos merced a nuestros lectores de no contestar a las otras escaramuzas con que se entretiene nuestro consejero cofrade, de si la temperatura, ó la endemicia, ó la entidad; si *Hardy*, *Jonnés* ó *Dubois*, etc., etc., por no dar nuevo apoyo a los versos de nuestro célebre poeta, que comienzan así:

Juntáronse dos doctores
De los de más reverendas, etc.;

y porque, sobre haber dicho ya en ese punto nuestras opiniones, nos creíamos fuera de la cuestión y acata-mos con veneración las mismas palabras del consejero: «por cuanto no subyéndose todavía (esta frase está sabiamente subrayada: siempre hemos sido imparciales) «cual sea el verdadero valor de las circunstancias climatológicas y de localidad respecto al desarrollo de la fiebre amarilla,» nos creemos escusados de entrar en los razonamientos que tanto deleitan a ese periódico.

Advertencia final.—Por si le parecen a ese periódico injustificables a sus ojos (pues se ha empeñado humildemente en creer que son los de la ciencia) estos razonamientos, quedamos envueltos en tablas estadísticas, cuya lógica puede que entienda mejor, si es matemático; y limpiando las armas de la autoridad, a las que parece algún tanto aficionado: de ambas materias le llenaremos la medida, insistiendo en no hacerlo hoy todavía, por concederle el honor de ser convencido solamente por la razón y el buen sentido. Así lo esperamos.

Dr. Alfonso.

Oposiciones a baños.

(Continuación a los números anteriores.)

El día 20 de diciembre correspondió actuar a la trínca décimacuarta, siendo sustentante el Sr. D. José Brun y Pages, y contrincantes los Sres. D. Juan Climaco Mingo y D. Pio Gavilanes y Armesto. El primero se ocupó en su Memoria de las aguas de Caldelas de Tuy y de la proposición siguiente:

«Determinar cómo pueden adquirir las aguas minerales los gases que disuelven.»

El día 21 actuó la décimaquinta trínca, siendo sustentante el Sr. D. Leon Principe, y contrincantes los Sres. D. Nicasio Landa y D. Marcial Taboada. El primero habló en su Memoria de las aguas de Paterna y Girona, y de dilucidar la cuestión siguiente:

«Importancia del estudio de las condiciones orográficas de la localidad para el médico director de un manantial.»

El día 22 tuvo sus ejercicios la trínca décimaséptima, no habiéndolos tenido en este día la décimasésta por faltar el número segundo de la misma. Fué actuante el Sr. D. Juan José Cortina, y contrincantes los señores D. José María Fernandez y D. Justo Haro y Romero. El Sr. Cortina se ocupó en su Memoria de las aguas de Caldelas de Tuy, y de esplanar la proposición siguiente:

«Para el caso en que se necesite alterar la disposición del nacimiento de una agua mineral y reunirla en un depósito, exponer detalladamente qué precauciones deben observarse con arreglo a las diferentes circunstancias del manantial y de las aguas.»

Habiendo concluido en este día de actuar los números segundos de las diez y siete trínca, se dió principio en el siguiente al tercer turno, siendo actuantes los números terceros. En su consecuencia, el día 23 correspondió actuar a la trínca primera, siendo sustentante el señor D. José Mediano, y contrincantes los Sres. D. Joaquín Sicilia y Gallego y D. Pedro Sanchez y Llebot. El primero habló en su Memoria de las aguas de Caldelas de Tuy, y disertó sobre el tema siguiente sacado en suerte:

«Deslindar qué relaciones guardan las aguas minerales con los terrenos en donde nacen.»

Suspendidos en este día los ejercicios; volvieron a principiarse el día 28, en el que actuó la trínca segunda, siendo sustentante el Sr. D. José Garófalo, y contrincantes los Sres. D. Modesto Pastor y Benito y D. Gabino Ruflanchas y Lapeira. El Sr. Garófalo se ocupó en su Memoria de las aguas de Buyer de Nava, y disertó sobre el tema siguiente:

«Manifestar qué cambios experimentarán al contacto de la atmósfera las diferentes aguas minerales, de qué modo se verifican estos cambios, y qué medios pueden emplearse para evitarlos ó favorecerlos.»

El día 29 pasó a actuar la trínca tercera, siendo sustentante el Sr. D. Miguel Gimenez de Cisneros, y contrincantes los Sres. D. Antonio Maria Campomanes y D. Antonio Mencía. El primero se ocupó en su Memoria de las aguas de Bellus y de la cuestión siguiente:

«Exponer a qué clases de aguas dá origen el ácido

(1) Números 161 y 159 de dicho periódico.

CRONICA.

carbónico según el estado en que se encuentre y los mineralizadores que disuelva, manifestando los cambios a que puede dar lugar dicho ácido antes y después de su aparición a la superficie de la tierra.»

El día 30 actuó la cuarta trunca, siendo sustentante el Sr. D. Ventura Chavarri, y contrincantes los señores D. Antonio Negro y D. Juan Fernandez de Prado. El primero se ocupó en su Memoria de las aguas de Solan de Cabras y del tema siguiente:

«Manifestar si el calor solar y el artificial pueden descomponer las aguas minerales, y alterar, disminuir o estinguir sus virtudes medicinales.»

El día 31 actuó la trunca quinta, siendo sustentante el Sr. D. Juan Manuel Lopez, y contrincantes los señores D. Agustin Maria Acevedo y D. Tirso de Córdoba. El Sr. Lopez se ocupó en su Memoria de las aguas de Bellus, y de esplanar la proposición siguiente.

«Espresar qué cambios pueden sufrir las aguas minerales por elevar o disminuir su temperatura, atendiendo a su naturaleza y al modo como se haga esta variación, y espresar qué medios pueden emplearse para disminuir o impedir completamente las indicadas alteraciones.»

(Se continuará.)

Más sobre el atentado de Alcácer.

Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores que el Sr. Domingo continúa en buen estado, hallándose ya completamente cicatrizadas las heridas que recibiera en la cabeza.

La causa se sigue con actividad, y en ella parece que resultan complicadas varias personas, en las cuales existía animosidad, no solamente contra el profesor que ha sido su víctima, sino respecto de algunos otros sujetos. Cuando terminen los procedimientos judiciales, sabremos de positivo si debe considerarse este hecho como un crimen privado, o como síntoma de una tendencia más general, que merezca ser tomada en consideración por la clase médica.

Entre tanto las simpatías de todos los profesores se hallan al lado del que ha sufrido tan innecesaria desgracia, y la atención permanece fija sobre el éxito de este asunto, aguardando del tiempo su completo esclarecimiento.

Enfermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general durante el mes de diciembre.

Los profesores de medicina del Hospital general de esta corte han elevado al director de dicho establecimiento el siguiente parte mensual:

«En el mes de diciembre último hubo muchos días perfectamente despejados y serenos, sin que en ellos tampoco el frío fuera excesivo, pues pocas mañanas llegó a helar, y el mínimo de temperatura nunca pasó de un grado bajo cero, alternando este tiempo agradable con lluvias abundantes y repetidas, durante las cuales los vientos del S. y S. O. reemplazaban a los de N. E. y N. que antes predominaban. En la altura barométrica también hubo no pocas variaciones, elevándose unas veces a 26 pulgadas y 4 líneas, y descendiendo otras a 26 y aun a 25 pulgadas y 11 líneas.

Poco notables son, tanto por su número como por su naturaleza, las enfermedades observadas en el tiempo de que nos ocupamos, siendo solo digno de mención que las afecciones del aparato gástrico hayan sido tanto o más comunes que las del respiratorio: así es que las calenturas gástricas escudieron en mucho a todas las demás, y principalmente a las catarrales; los reumatismos también se presentaron con alguna frecuencia. Las pulmonías, aunque raras, ofrecieron un carácter de gravedad, que hizo ineficaces en muchos casos los auxilios más enérgicos de la terapéutica. Presentáronse también casos aislados de otras muchas enfermedades agudas, como anginas tonsilares y laríngeas, erisipelas, hemotisis, hematemesis, congestiones cerebrales, apoplejías, parálisis, metritis, metrorragias y metro-peritonitis. Continuaron las viruelas siendo tan numerosas como en el mes anterior, aunque menos malignas, pues casi todas terminaron favorablemente. Las tisis y las diarreas han sido más comunes que las hidropesías, a pesar de que las hipertrofias, dilataciones aneurismáticas y estrecheces de los orificios del corazón, origen común de aquellas, se observaron en no pocos casos.

Solo han entrado en las salas de medicina 679 individuos de ambos sexos, y casi en igual proporción, pues que los hombres eran 359 y las mujeres 320, de modo que la existencia disminuyó considerablemente; pues habiendo quedado de noviembre 644 enfermos, en fin de diciembre se hallaban reducidos a 493: las dolencias, aunque pocas, según hemos dicho, fueron estremadamente graves, como que los fallecidos estuvieron con los entrados casi en la relación de 1 a 6.»

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

Estado sanitario de Madrid.—Los días que llevamos de año han sido tan fríos y secos como los últimos de diciembre; la atmósfera se ha presentado del mismo modo, esto es, despejada hasta el día 7, en que se la vió cubierta de celajes y ráfagas, pero luego se desvanecieron: idénticos han sido los vientos que soplaron (N., NE. y NO.); y hasta muy insignificante fué lo que varió el barómetro, pues se sostuvo a las 26 pulgadas y 5 líneas, poco más o menos.

Siguen las mismas enfermedades reinantes, a saber: calenturas catarrales y gástricas, catarras de la laringe, brónquios y pulmones; fluxiones de muelas, oídos y ojos; toses y ronqueras más o menos pertinaces; dolores reumáticos, gotosos y nerviosos; anginas y algunas oftalmías. Menudearon las pleurodinias, las pleuresías y las neumonías, y hubo alguna que otra congestión cerebral.

Entre los afectos crónicos más abundantes lo fueron las tisis tuberculosas, las hidropesías, las irritaciones gastro-intestinales, los infartos viscerales, las parálisis y los asma.

Sin embargo de un número tan variado de dolencias, las defunciones escasearon por fortuna, pues únicamente sucumbieron de entre los agudos algun enfermo que otro, y de los crónicos aquellos en quienes la afección estaba ya muy avanzada. Por tanto, puede asegurarse que hasta ahora el nuevo año no deja de presentarse bastante bien para la salud pública.

Epidemia.—Los casos de fiebre amarilla en la guarnición de la Habana fueron, desde 1.º de mayo a 11 de diciembre, 1,748, los enfermos curados 1,404 y los muertos 344.

Salud pública en la Habana.—El estado sanitario de la guarnición de la Habana era satisfactorio a la fecha de las últimas noticias: la existencia total de enfermos en el hospital militar era de 929; de ellos 562 de medicina y 367 de cirugía. La fiebre amarilla apenas se dejaba ya sentir.

Estracción de dientes auxiliada por la electricidad.—El dentista Sr. Llorente nos ha remitido una nota, manifestando que ha hecho varios ensayos para comprobar los efectos anestésicos de la electricidad en la estracción de dientes y muelas, y que pone a disposición de los profesores que quieran repetirlos por sí mismos, los aparatos que al efecto ha reunido en su establecimiento, calle del Príncipe, número 1. También se propone publicar estos casos en cuanto recoja el suficiente número. Hasta ahora el éxito es favorable, y el procedimiento de que se sirve es el mismo que anuncian los autores extranjeros con algunas modificaciones.

Contrabando.—Lo son en los aranceles del presente año las pildoras de Frank, Morisson y Holloway, únicos medicamentos secretos que constaban en los anteriores; según puede verse en el acta de la sesión del Colegio de Farmacéuticos de Madrid que insertamos en otro lugar.

Vacante.—En la Universidad de la Habana lo está una plaza de catedrático supernumerario sin dotación fija, pero con opción a la sustitución y propiedad de las cátedras de número de la misma. Para proveerla se ha convocado a oposición, dando el término de seis meses que cumplirán a fines de febrero próximo.

Matrícula.—Se ha prorogado hasta el 20 del actual la matrícula para las asignaturas del doctorado en la Universidad central, a fin de que puedan trasladarse a la Corte los alumnos de otras universidades que quieran simultanear dichas asignaturas con las del sétimo año de la carrera.

El Sr. D. Diego Genaro Lleget ha sido agraciado con el título de correspondiente de la Sociedad de Farmacia de Bruselas. Digno es de tan justo recuerdo nuestro apreciable profesor. A esta sociedad no puede pertenecer ningún farmacéutico que anuncie la venta de medicamentos.

El gobierno, que atiende con esmero al servicio sanitario de la expedición a Fernando Poo, ha asignado el sueldo de 110 pesos mensuales al primer ayudante que se encargará de la jefatura del hospital militar que allí se piensa establecer, y el de 70 al segundo ayudante. La compañía llevará además un botiquín del nuevo modelo; su uniforme es el más adecuado para los países cálidos, habiéndose adoptado las camisas de algodón, que tan buenos resultados higiénicos dan a los ingleses en la India: una de las primeras obras que en Santa Isabel se levanten, será el hospital, para lo cual se han destinado los fondos necesarios; y este será servido, como los hospitales militares de Cerdeña, por hermanas de la Caridad.

Méritos.—En los periódicos políticos se anuncia cierto dentista, aprobado ya por la facultad de medicina, alegando como recomendación que ha sido intruso muchos años, y que llegó a la admiración del pueblo hasta el punto de llamar la atención de las autoridades, que lo multaron por no tener título facultativo. Desgraciadamente es muy cierto que mientras el pueblo no deje de admirar las insulsezas de los curanderos, serán poco eficaces las leyes represivas de las intrusiones médicas.

Programa de premios.—La Academia real de Bélgica ha vuelto a presentar para el concurso de 1859, la cuestión propuesta en 1857, a saber: *Dar a conocer métodos seguros y fáciles para determinar el valor real de los ópios y de las quininas amarillas, bajo el punto de vista de sus usos terapéuticos.* El premio consiste en una medalla de oro de 600 francos. Las memorias deberán escribirse en latín, flamenco ó francés y dirigirse al secretario de dicha Academia, antes del 1.º de setiembre de 1859.

Descubrimiento.—Se ha encontrado cerca del monte Alhos, en Grecia, un nuevo manuscrito del siglo III. Trata de gimnástica y está escrito por el filósofo Filostrato, autor de la vida de Apolonio de Thyana.

Vista farmacéutica.—Escriben de la Habana, que hay en la aduana de aquel puerto un vista farmacéutico interno, que reúne las incompatibilidades de ser extranjero y de tener su padre un establecimiento de drogas, del que se provee casi toda la isla de Cuba. A pesar de todo, ha sido propuesto para la efectividad de su plaza, contra el dictamen de la comisión facultativa.

Santidad militar en Francia.—Habiéndose verificado últimamente exámenes para el ingreso en este cuerpo, solo han sido admitidos 53 individuos de 72 candidatos. Entre los desechados se cuentan siete doctores, de once que concurrieron; y como los conocimientos que tenían que acreditar solo son relativos a los estudios generales, se infiere de aquí que la severidad en los exámenes de reválida no es tan grande como debiera en algunas facultades del vecino Imperio. En esta parte nos hallamos persuadidos de que las nuestras no les van en zaga, dando así origen a males, que bien merecerían llamar la atención de quien pudiera corregirlos.

Nuevo aparato.—Un periódico de Puerto-Rico hace grandes elogios del calómetro azucarino de Domenech, in-

ventado para determinar la cantidad de cal que deba emplearse para separar del guarapo las materias que se oponen a la formación del azúcar cristalizable. En muchas haciendas se hace ya uso de este aparato español, y los resultados que da son tan notables, que hay casas donde antes, por la mala calidad de las tierras destinadas al cultivo de la caña, solo salía un azúcar inferior, y que hoy entregan al comercio clases superiores, sin haber variado elemento alguno de fabricación, no haciendo otra cosa que adoptar el calómetro de Domenech.

Electricidad.—Parece que se han hecho ensayos en París con una nueva pila, alimentada por un solo líquido, y que produce la luz eléctrica con más economía que las que hasta ahora se conocen. Si esto es cierto, se habrá dado un gran paso en una de las más importantes aplicaciones de la electricidad.

Gimnasia.—El Sr. Lalsne utiliza la gimnasia para el tratamiento de las jóvenes epilépticas acogidas en la Salpetrière de París. En una distribución de premios que acaba de verificarse, se han presentado unas cincuenta enfermas, que han hecho en público ejercicios sorprendentes y admirablemente combinados para desenvolver la acción del sistema muscular.

Necrología.—Ha fallecido en Londres repentinamente el Dr. Bright, cuyo nombre es bien conocido por la descripción que se le debe de la nefritis albuminosa. Había llegado a una edad avanzada, y su mérito le había proporcionado grandes honores, entre otros el de ser médico extraordinario de la Reina de Inglaterra.

Bolidos.—En Tolosa (Francia) han caído gran número de aereolitos, pesando algunos hasta 80 y 90 libras. El análisis ha encontrado en ellos, como siempre, los mismos elementos de que consta la corteza de nuestro planeta.

VACANTES.

Lo están. La plaza de médico-cirujano del Casar de Escalona, provincia de Toledo, por defunción del que la obtenía; su población 230 vecinos y su dotación 6,500 rs. pagados trimestralmente por el ayuntamiento y casa. Las solicitudes hasta el 21 del corriente.

—La de médico-cirujano de Villaminaya, provincia de Toledo, por renuncia del que la obtenía; su población 200 vecinos, y su dotación 4,300 rs. y 300 rs. más para la casa, pagado todo trimestralmente por reparto vecinal. Las solicitudes hasta el 3 de febrero.

—La de médico-cirujano de la Vega de Pas, provincia de Santander; su dotación 10,000 rs. Las solicitudes hasta últimos del corriente mes.

—La de médico-cirujano de Quismondo, provincia de Toledo, en la carretera de Estremadura; su población sana y reunida consta de 300 vecinos; su dotación 7,000 rs. pagados por trimestres por el ayuntamiento, cuyo presidente recibirá las solicitudes hasta el 24 del corriente.

—Una de las dos plazas de médico-cirujano de Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad Real, por fallecimiento del que la obtenía; su dotación 8,000 rs. pagados por el ayuntamiento por reparto vecinal. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

—La de médico y la de cirujano de Peralta de Alcofer, provincia de Huesca; si el agraciado es médico-cirujano se le darán 60 cahices de trigo cobrados por el ayuntamiento y casa; si solo fuera cirujano, se le darán 40 cahices de trigo. Las solicitudes hasta el 13 de enero.

—La de médico de Navalucillos, provincia de Toledo; su dotación 8,000 rs. pagados por el ayuntamiento por trimestres. Las solicitudes hasta el 16 de enero.

ANUNCIOS.

AGENDA DE BOLSILLO Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO para 1859, para uso de los médicos, cirujanos, farmacéuticos y veterinarios.

Nuestro *Vade-mecum*, siempre oportuno é indispensable, ha sido considerablemente aumentado este año con noticias de interés y de verdadera importancia profesional para el médico, cirujano y farmacéutico. Contiene: 1.º el Calendario de Castilla la Nueva; 2.º unas tablas de reducción de cantidades decimales, etc.; 3.º el diario de visita y de observaciones para todo el año; 4.º un *Diccionario de medicina y de materia médica*, con un formulario magistral de más de 480 fórmulas; 5.º un *Tratadito completo de partos*, así naturales como contranaturales, de los accidentes del parto, del alumbramiento, etc.; 6.º una tabla de venenos y contravenenos; 7.º tratamientos y fórmulas publicados en el año próximo pasado; 8.º modelos de certificados; 9.º aguas minerales y designación de las enfermedades para las cuales se prescriben; 10.º facultades de medicina y farmacia; cuadro general de la enseñanza en las mismas; escuela de veterinaria; real Consejo de instrucción pública y de Sanidad del reino; academias; institutos médicos, etc.; 11.º médicos de cámara, de la real familia, del patrimonio, de las cárceles, monte-pío facultativo, etc.; 12.º noticia sobre los hospitales de Madrid y su personal; servicio de la hospitalidad domiciliaria; 13.º la lista de los médicos, cirujanos, farmacéuticos, veterinarios, etc., y 14.º en fin, el diccionario de las calles y plazas de Madrid.

Esta obra forma un bonito tomo: en rústica, 8 rs.; en cartonado, 10; en tela a la inglesa, 12, y en cartera para llevarla en el bolsillo, de 16 rs. hasta 80, según la elegancia.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de don Carlos Bailly-Baillière, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11, y en las principales librerías del reino.

Nota. Remitiendo en carta franca el importe de lo que se desea, sea en sellos de franqueo ó letras, el señor Bailly-Baillière lo manda a vuelta de correo.

EN LA VILLA DE IMON, PROVINCIA DE GUADALAJARA, se vende una botica. Se dará muy arreglada y fiada, pagada a plazos. Se puede tratar con su dueño, en dicha villa, Juan Toba.

Por todo lo no firmado:
El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1859.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.
Pretit de los Consejos, 3, principal.